

Los medios de comunicación de masas en tiempos de guerra

Por Gastón Flores

Trabajo final presentado a Teoría de la Comunicación I, Escuela de Comunicación Social, UNR.

Introducción

La democracia ha recorrido un largo camino desde su creación en Atenas. No es ahora, sin embargo, la misma democracia. Durante los muchos momentos en los que fue aplicada, conservó sin duda su principal característica, la posibilidad de que el pueblo (dejando de lado el verdadero alcance del concepto) se expresara libremente para decidir asuntos de gran importancia para toda la sociedad.

En toda democracia, la capacidad de construcción de una opinión pública que apoyara determinada sanción, ley o gobierno fue algo primordial para la perpetuación del poder político. Esto fue puesto en evidencia hace ya muchos años: Aristóteles ya lo señalaba en su época.

Las que han cambiado sin duda son las reglas del juego: cómo el pueblo puede expresarse. Las diferencias son tan radicales que muchos consideran que en realidad no se puede hablar de democracia en la actualidad. De la opinión lógica y la retórica antigua se ha pasado a un discurso vacío de palabras lógicas, pero lleno de imágenes manipuladoras. De la opinión cara a cara, del consenso, se ha pasado a la opinión unidireccional y autoritaria, con poco o nulo poder de refutación.

Fueron los medios de comunicación, surgidos primero de la imprenta y luego de la electrónica, los que cambiaron a lo largo de ya muchas generaciones las reglas de este juego político que todavía hoy llamamos democracia.

La opinión pública ha dejado de ser patrimonio de seres humanos independientes, para comenzar a ser construida por unos pocos para la masa. En la sociedad de masas, más que nunca, se necesita un gran consenso, y allí aparecen los medios como un gran instrumento. Como apunta Roland Cayrol ¹, «la prensa —diremos los medios, para abarcar el escrito y el audiovisual— constituye evidentemente el medio más eficaz de información y de formación de esta opinión pública. Son los intermediarios por excelencia entre gobernantes y gobernados.»

Hasta ahí todo parece correcto, pero nos olvidamos de algo: los medios no son la panacea de la democracia, ni están desligados de la sociedad. Están insertados en el sistema capitalista mundial pues son empresas que prestan un servicio. Como empresas, pueden quebrar, ser compradas, ser reducidas para ahorrar costos, ser presionadas o controladas por otros intereses económicos. Y, principalmente, no es un intermediario neutro, no es un árbitro dentro de la sociedad: pueden ser manipuladas también por el Estado.

Cayrol continúa diciendo: «sólo existe entonces democracia viva si la información es libre y pluralista y si la comunicación se efectúa bien, y en los dos sentidos, entre gobernantes (o aspirantes a gobernantes) y gobernados». La sentencia es terminante. *No existe democracia viva*. Hay monopolios de información, hay informaciones restringidas y ese diálogo entre la sociedad y los gobernantes, si existe, al pasar por los medios está siendo manipulado.

La propuesta de Cayrol de que los medios cambiaron a la política haciéndola un espectáculo puede parecerle a muchos algo obvia, ya que presenciamos ese espectáculo día tras día, y las observaciones de cualquier mente crítica puede develar muchas cosas mencionadas anteriormente. Pero hay un hecho con el que no nos enfrentamos todos los días, y cuando lo hacemos generalmente no lo reflexionamos crítica sino emocionalmente: la guerra.

¿Pueden los medios, incluso alentados por los gobiernos de turno y dentro de un sistema liberal-democrático, manipular a la población para justificar una guerra, exagerarla o disminuir su importancia? En un mundo mayoritariamente liberal y democrático, la pregunta es muy importante. La respuesta marca la diferencia entre una democracia aparente y una real.

Porque los medios de comunicación también han cambiado las reglas de la guerra, así como cambiaron las de la democracia. Desde los facismos de la Segunda Guerra Mundial, que la utilizaban como un arma más, hasta la actualidad, en donde toda acción no es real si no aparece por televisión, la guerra ha ido evolucionando no solamente gracias a los nuevos armamentos, sino a las nuevas tecnologías de la comunicación. Así como hicieron un espectáculo de la política y la democracia, hacen un espectáculo también de los conflictos bélicos. De la misma manera que se puede hablar de un *ágora electrónica*, se puede hablar (a partir de la guerra del Golfo de 1991) de un *coliseo virtual*, en donde, como en los simuladores de vuelo de las salas de videojuegos, todos podemos ver a los expertos hacer su trabajo de destrucción.

Solamente un análisis histórico comparativo de estas dos cuestiones puede dar cuenta en profundidad de los cambios y procesos que se han desarrollado durante poco más de medio siglo de guerras constantes, que han llevado a un uso pseudo-facista de la comunicación, al menos, durante los tiempos de guerra. Por esa razón se analizaron solamente tres conflictos bélicos de importancia: guerra de Vietnam, del Golfo de 1991 y de Kosovo. Que en todas hayan participado las fuerzas armadas de EE.UU. no es una coincidencia, sino que fueron elegidas justamente por representar momentos clave en la historia de este país, sus relaciones internacionales y en la evolución de sus medios de comunicación.

Los medios de comunicación durante los tiempos de guerra

*Nuestros muchachos no van a ser
enviados a guerras extranjeras.
Franklin D. Roosevelt, presidente
estadounidense, 30 de octubre de 1940*

En su artículo «Estructura y función de la comunicación en la sociedad», Harold Lasswell nos dice que «el centro de mensajes en el vasto edificio del Pentágono, en el Departamento de Guerra de Washington, transmite (sólo con algunos cambios *accidentales*) los mensajes entrantes a otros destinatarios [el subrayado es propio]»². Lasswell pone junto a este organismo de defensa otras instituciones como talleres de impresión, la radio y la televisión, y los nombra como «expedidores de mensajes», ya que su misión sería la de transmitir sin modificaciones ni manipulaciones hechos o noticias. El otro grupo estaría formado por «quienes de alguna manera modifican el contenido de lo que se ha dicho, función que es propia de editores, censores y propagandistas.»

Lasswell es en este pasaje o ingenuo o tendencioso. Hace que la manipulación y la censura, al menos en Estados Unidos, sea patrimonio exclusivo de la sociedad, y específicamente de ciertos sectores capitalistas ligados al consumo. Nada está más alejado de la realidad: la manipulación de

datos o su censura son patrimonio tanto de los medios de comunicaciones de masas como del mismo Estado, quien tal vez sea el que mayor rédito ha sacado de ellos. Una cadena de noticias puede, en teoría, *fabricar* una noticia o modificarla para lograr una exclusiva o un aumento en sus ganancias; pero el efecto es a corto plazo, y puede llevar a un descreimiento hacia el medio si la mentira o manipulación se descubre. Sin embargo el Estado puede, a mediano o largo plazo, hacer de la manipulación o censura de determinadas noticias instrumento de su poder, incluso siendo un Estado democrático liberal. Esto ha quedado demostrado repetidas veces durante este siglo y es una de las premisas de este artículo.

El monopolio estatal de los medios de comunicación, rasgo típico del facismo, mostró sin duda todo su potencial durante la Segunda Guerra Mundial. No por nada Josef Goebbels, jefe de propaganda de la Alemania nazi, dijo en su momento: «imaginemos que la prensa es un gran piano donde el gobierno puede marcar su compás». En el contexto facista los medios de comunicación son un arma más: el arma de control social para lograr consenso y elevar la moral, además de difundir los logros propios, las derrotas y bajas del enemigo. Y aunque pareciera un arma poco poderosa, parece tener grandes efectos tácticos en momentos cruciales. Para eso mostrar esto solamente es necesario dar dos ejemplos históricos que hablan por sí mismos del poder de los medios monopolizados por el estado como sistema de control social.

Luego del atentado perpetrado contra Hitler el 20 de julio de 1944, hubo un momento de silencio comunicativo, tanto en la oficialidad como en la clandestinidad. El atentado ocurrió en «el refugio del lobo», un complejo militar aislado de la civilización y supuestamente muy seguro contra todo tipo de ataques. Las informaciones eran confusas y los complotados creyeron haber matado en realidad al dictador. La bomba había estallado, pero Hitler se había salvado por una casualidad imponderable. En este contexto, el sorpresivo anuncio radial del *Führer* no solamente quitó de la apatía y el desánimo a muchos seguidores que habían escuchado los rumores de su muerte, sino que calló y aisló inmediatamente a todos los conspiradores, que rápidamente fueron encarcelados, juzgados y ejecutados. Las simples palabras de Hitler por radio, que luego fueron repetidas por los diarios, fue solamente un eslabón más de la cadena de dominación ideológica, pero fue decisivo para evitar nuevos alzamientos e incluso una guerra civil.

Pero no pasó lo mismo, por ejemplo, en el caso del emperador japonés. Cuando, luego del lanzamiento de las dos bombas atómicas, tuvo que enfrentar el tema de la rendición incondicional, su anuncio también fue radiado a todo el territorio japonés: los civiles en las ciudades comprendieron que el anuncio era verdad al enterarse también por otros canales. Pero en los territorios anexados durante la guerra, las tropas, a pesar de las derrotas constantes, continuaron luchando: el anuncio del emperador era para ellos nada más que otra estratagema de la gran red propagandística aliada, que los bombardeaba constantemente con mensajes desalentadores por radio, panfletos y otros medios. Creyeron que el anuncio del emperador estaba construido por el enemigo, por una simple razón: ninguno de ellos, ni siquiera los altos oficiales, habían escuchado nunca la voz del emperador. Aquí, la inexistencia de un cuidado sistema de medios de comunicación, adictos al estado y reconocible por todos, jugó contra Japón ya que justificó una nueva *blitzkrieg* soviética y la muerte de muchos soldados leales al Emperador, además de cuantiosas pérdidas territoriales. Los comandantes soviéticos continuaron avanzando para conquistar más terreno, con la excusa de que los soldados japoneses continuaban luchando a pesar de la rendición de su gobierno.

El control de los medios de comunicación por parte del estado, característica propia del facismo, se dio sin embargo también en países liberales, como Estados Unidos, aunque de una manera distinta. Antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial, la opinión pública se marcaba contraria o indiferente sobre un posible conflicto contra Japón, país que venía amenazando la zona de influencia estadounidense en Asia desde hacía años. Roosevelt, que subió al poder gracias no

solamente a su propio poder de influencia sino a la potencia de la radio, comprendió rápidamente que no se podía afrontar esta guerra con un público tan poco entusiasta y emprendió una campaña que terminó con los anuncios de venganza por Pearl Harbor, despertando un nacionalismo dormido ³, que sería recordado como «el día de la infamia» ya que por un error la declaración formal de guerra llegó de Japón luego del ataque, por lo que fue visto por todos como una traición tan grande que justificaba una guerra a gran escala). Luego de crear este sentimiento proclive a la guerra con Japón, que en los círculos gubernamentales se veía como inevitable, Roosevelt se enfrentó a otro inconveniente: la opinión pública estaba en contra de Hitler, pero por otra parte no era muy entusiasta de las alianzas con Gran Bretaña. Roosevelt también vio esto y además de trabajar con Churchill en limar esas asperezas hacia afuera, se cuidó siempre de aparecer para la foto o la radio difundiendo todas las cosas que se podían lograr con la cooperación. De esta manera este sentimiento casi antisajón que tenía la opinión pública no salió a la superficie en los medios de comunicación.

Ahora bien: en una sociedad en donde rige el liberalismo el Estado no puede apropiarse de todos los medios de comunicación de masas; a lo sumo deberá contentarse con poseer una parte del mercado, pero no su totalidad. Sin embargo, el asunto no es tan sencillo. La guerra es un momento crítico, en donde toda la sociedad se trastoca cultural, económica y moralmente. Entre tantos cambios que se suceden, hay uno muy importante para este análisis: el cambio de mediación de los medios de comunicación de masas.

Como bien decía Cayrol anteriormente, los medios de comunicación median entre la sociedad y el Estado. Al menos, en tiempos de paz. Durante un conflicto armado, sin embargo, los medios se corren hacia el Estado: este se convierte en «mediador» entre la sociedad y el conflicto, sobre todo si este se desarrolla a grandes distancias (como ha sucedido durante todo este siglo con Estados Unidos).

Al irrumpir la guerra en el esquema social, la sociedad se expresa militarmente en el Estado, y éste expresa el enfrentamiento mediante los medios de comunicación. Esto no quiere decir que (necesariamente) el Estado tome posesión material efectiva de esos medios, sino que el desencadenamiento de la guerra hace que estos medios tomen mucho más fuertemente el ideario nacionalista, cristalizado en el Estado. Sin que el gobierno se torne facista en el sentido más radical, se despierta en la opinión pública y en los medios (sin entrar en la discusión de quién moviliza a quien) lo que tanto liberales estructuralistas como Easton ⁴ o otro más críticos como O'Donnell ⁵ mencionan como una gran fuente de apoyo o mediación entre el Estado y la población: el nacionalismo.

De mediadores los medios pasan a ser de alguna manera el escaparate de las noticias emitidas por las oficinas del gobierno. Por supuesto que no solamente se contentan con dar comunicados oficiales y envían cámaras y cronistas a los sitios en donde se da el conflicto, pero de alguna manera están atados a crear esa *verdad oficial*. De otra manera pueden llegar a ser considerados traidores. Como decían Adorno y Horkheimer en *Dialéctica del Iluminismo*; «bajo el monopolio privado de la cultura acontece realmente que 'la tiranía deja libre al cuerpo y embiste directamente contra el alma'. El amo no dice más: debes pensar como yo o morir. Dice: eres libre de no pensar como yo, tu vida, tus bienes, todo te será dejado, pero a partir de este momento eres un intruso entre nosotros» ⁶. El facismo solamente cambia de forma, pero sigue presente. «Cada civilización de masas en un sistema de economía concentrada es idéntica y su esqueleto (la armadura conceptual fabricada por el sistema) comienza a delinearse» ⁷. Como explica María de los Ángeles Yanuzzi luego de citar la frase anterior: «más allá del grado de crueldad y sadismo que pudiera haber aparecido con el facismo, las mismas estructuras de dominación se articulaban también en contextos aparentemente

democráticos, aunque ya no era fundamentalmente la faceta represiva del estado la que se constituía en artífice de la masificación, sino una industria cultural que, por su contenido y forma, arribaba a resultados similares»⁸.

De esto se desprende que si bien este cambio de mediación es natural, no es necesariamente inocente. El Estado puede, sin tomar posesión de los medios de comunicación, manipular la realidad de la guerra. Sin ser facista en el sentido más antiguo, sin embarcarse en grandes campañas, sin inventar necesariamente las noticias, tal vez sin siquiera censurar, puede aprovecharse del papel de los medios como mediadores.

«Desde que se prescinde del problema de *quién* la pone en práctica, la razón no resulta ya más afin a la violencia que a la mediación y de acuerdo con la diversa situación de los individuos o los grupos hace aparecer como 'justa' la paz o la guerra, la tolerancia y la represión»⁹. La sentencia, escrita hace más de medio siglo, sigue hoy teniendo un certeza perturbadora.

El cambio de mediación de los medios de comunicación es sin duda el cambio más perjudicial para la sociedad durante la guerra. Porque, si como dicen McCombs y Shaw, «tal vez más que cualquier otro aspecto de nuestro entorno, el ámbito político (...) sea en realidad de segunda mano»¹⁰; ¿qué podemos decir del ámbito militar? Ciertamente que no es una parte del Estado de la que tengamos mucho conocimiento. Por el contrario, el promedio de la gente puede dar muy poca información sobre el aparato militar, las autoridades o cualquier otro aspecto del tema, durante tiempos de paz. La realidad de segunda mano del ámbito político se construye día a día, y una persona mínimamente informada podrá darnos muchos datos, aunque estén desactualizados, de lo que sucede en ese ambiente.

No acontece lo mismo con la realidad de segunda mano del ámbito militar. En tiempos de paz, las noticias sobre el tema no son realmente noticias, pues a la mayoría de la población no le interesan más que desfiles o cambios de comandantes o de capitanes de barcos famosos. Son en definitiva detalles anecdóticos que llenan un recuadro en los diarios o unos pocos minutos sobrantes en un noticiero televisivo.

Sin embargo, en tiempos de guerra todo cambia. Los medios nacionales (incluso internacionales si el conflicto es importante) deben apresuradamente construir esa *realidad de segunda mano*, de la que hablan McCombs y Shaw, para llenar el nuevo espacio de interés de la gente. En muy pocos días deben comenzar a informar sobre antecedentes históricos, disputas territoriales, arreglos diplomáticos, relaciones internacionales, poder militar de las potencias beligerantes, etc. Esta realidad construida por los medios mientras se desarrollan los acontecimientos, llevada a cabo apresuradamente, puede contener grandes fallas. Pueden fallar las fuentes por falta de datos, o pueden estar influenciadas por uno u otro lado. Pueden fallar las apreciaciones sobre los datos, desestimando por inexperiencia algunos importantes y resaltando otros que no lo son. Pero además de los fallos puede suceder algo mucho peor: la manipulación.

Muy lejos de lo que Lasswell menciona anteriormente o de su idea de que los medios de comunicación deberían lograr una gran equivalencia entre el conocimiento entre el profano, el experto y el dirigente, aparece aquí la sombra de la *Gap Hypothesis*. Ésta postula no solamente que la sentencia «el conocimiento es poder» atribuida a Bacon es cierta, sino que además de preocuparse de *quien* tiene el poder, hay que preocuparse por *cómo lo distribuye*. Y es que el conocimiento no es una cosa más que pueda guardarse en una caja fuerte, asegurando así el poder del propietario: el conocimiento puede ser racionado, copiado, invertido, distorsionado, inventado, etc.

Los medios, al intentar llenar esa *brecha* informativa entre el Estado (representado ahora tanto por su cúpula política como militar) y la sociedad, puede convertirse en un puente débil, pero

principalmente en un puente traicionero, que nos deja ver lo que algunos quieren y nos impide el acceso a otras partes menos atractivas.

Es el objetivo de este trabajo mostrar como el Estado puede aprovecharse de las prioridades construidas por los mismos medios de comunicación para llevar a cabo un cierto control social en situaciones de mucha gravedad. Los tiempos de un Estado facista que se enorgullece de serlo han dado paso a un Estado supuestamente democrático y liberal que mantiene sin embargo características pseudofacistas en el tema de la comunicación y la propaganda. Es en definitiva lo que hizo Roosevelt y muchos otros luego que él con los medios. Se aprovecharon de su función de mediadores para construir discursos que favorecieran sus intereses políticos y los de su nación, pero no de manera expresa y transparente.

Sin embargo los medios de comunicación no son más que eso: medios. Sin el control estatal, no están obligados a tomarlo como única voz. El uso de otras fuentes y de la contraposición de ellas pueden marcarle a la sociedad esa manipulación estatal. El ejemplo de la guerra de Vietnam nos sirve de maravillas para ilustrar estas dos situaciones y comenzar nuestro análisis.

La guerra de Vietnam

«Un país asiático relativamente subdesarrollado con un excedente de hombres puede soportar muchísimos bombardeos sin decir ni pío».

Paul Warnke, subsecretario de Defensa, febrero de 1968.

«Reténgalos y yo los mataré con poder aéreo. Denme a alguien a quien bombardear y venceré.»

Mayor General James Hollingsworth, consejero estadounidense, III Cuerpo del Ejército de la República de Vietnam, abril de 1972.

La imagen que tenía el mundo de muchos conflictos internacionales luego de la Segunda Guerra Mundial era borrosa y fragmentada por diversas razones. En las campañas repentinas, veloces y breves, como fueron la guerra irano-paquistaní de 1971, la invasión turca de Chipre, las diversas guerras árabe-israelíes, a los corresponsales y cámaras les resultaba difícil trasladarse hasta esos ignorados lugares con su equipo. Conflictos alejados, que estallaban repentinamente en lugares exóticos y de difícil acceso no eran muy televisables. Además, las fuertes medidas de seguridad que a menudo imponían los combatientes o, por otra parte, la falta de seguridad y de cumplimiento de convenciones internacionales restringió mucho más el acceso al campo de batalla.

Todo esto cambió, sin embargo, durante la guerra de Vietnam. No era un conflicto nuevo o inesperado: la zona era un polvorín desde que había terminado la Segunda Guerra Mundial, y mucha gente todavía recordaba Dien Bien Phu y la guerra de independencia de la antigua colonia francesa.

Aunque alejada, la influencia estadounidense en materia política y militar venía de la década del 50. En 1954 Vietnam quedó dividido en dos, y mientras en la parte norte Ho Chi Minh construía un estado comunista, en el sur EE.UU. comenzó a apoyar la creación de un estado democrático, férreamente ligado en materia política y militar a sus propios intereses. La famosa «teoría del dominó», en la que creyeron muchos presidentes de la época, establecía que si no se ponían trabas a la expansión comunista en Asia, liderada por China, rápidamente todos los países irían cayendo, como sucedió con Corea, bajo los ideales comunistas impulsados por las guerrillas. Según Clark Clifford, consejero presidencial y futuro secretario de Defensa, informó a John F. Kennedy, Eisenhower «pensaba que, si dejábamos caer a Vietnam del Sur, seguirían Laos, Camboya,

Birmania y todo el subcontinente, luego las Filipinas y posiblemente incluso Australia y Nueva Zelanda». Tanto Eisenhower como Kennedy y Johnson creyeron en esa teoría, y por eso pusieron tanto énfasis en la cuestión vietnamita. Lo primordial era detener la caída de ese país, para que no cayeran las demás piezas del dominó, evitando así un avance rampante del comunismo en una zona de tantos recursos y poder económico.

Los hechos políticos y militares que se fueron sucediendo durante esa década y la siguiente hicieron que EEUU pasara de ser un asesor militar en la cuestión del combate de guerrillas y un proveedor de armas y equipo a sencillamente pelear una nueva guerra de *independencia*. En marzo de 1965, mientras los primeros marines desembarcaban en la base de Da Nang y comenzaba la escalada de fuerza, el capitán Lee Peterson decía: «no vamos a luchar, sino a liberar al ejército survietnamita para que luche. Es su guerra». Sin embargo, ya muchos sabían lo que sucedería: cuatro años antes De Gaulle le había dicho a Kennedy: «predigo que, paso a paso, se verán ustedes arrastrados a un cenagal sin fondo político y militar»

Se puede decir entonces que la guerra de Vietnam era la guerra perfecta para ensayar los nuevos adelantos en materia de comunicación periodística. Como bien anota Max Hastings, «aunque el foco de atención estratégica y táctica a menudo cambiaba de una región a otra, la larga duración del conflicto y las oportunidades de acceso proporcionadas por los Estados Unidos y sus aliados dieron al mundo una ventana única para asomarse al campo de batalla» ¹¹.

Los medios de comunicación se desplazaron a Vietnam desde el comienzo, incluso grandes y reconocidos periodistas fueron a cubrir las noticias desde tan lejano lugar. Aunque el gobierno no ejercía un control directo de los medios, la situación en cuanto a la cobertura periodística era más que satisfactoria: la mayoría de los reporteros no salían de sus hoteles en Saigón, considerando como importantes solamente los informes diarios que les brindaba el MACV (Mando de Ayuda Militar Americana en Vietnam). Los más cínicos de los periodistas solían llamar a estos comunicados «las mentiras de las cinco» por la hora en que se distribuían, pero seguían publicándolas sin chistar: a nadie se le ocurría salir al ruedo con acusaciones, aunque tuviera las pruebas. Como marca Gans al ser citado por Mauro Wolf: «(...) la cobertura fue modelada también por criterios relativos a las fuentes, en particular la tendencia (hasta la ofensiva del Tet) a favorecer las fuentes oficiales» ¹². Como sigue diciendo el texto, esta disponibilidad de fuentes jugaba netamente a favor del sostenimiento de la guerra, justificando el accionar estadounidense. El gobierno de Vietnam del Norte y el Frente Nacional, al ser clasificados como enemigos, no eran una fuente alcanzable (ni tampoco fiable), de manera que los informes del Ejército, la Fuerza Aérea, el Pentágono y demás organismos oficiales eran los únicos portavoces a los que se podía recurrir para dar las noticias. Como luego continúa diciendo Gans, «consideraciones de tipo organizativo jugaron un papel de apoyo, por cuanto la preferencia por las fuentes oficiales era completada por la práctica de los directores de confiar en los informes optimistas sobre la guerra que llegaban de los corresponsales de Washington» ¹³. De esta manera se llegaba a una suerte de monopolio estatal de la información sobre la guerra, que jugó sin duda alguna a favor del mantenimiento de la guerra, que se suponía podía ser ganada.

En realidad, en cierta forma el gobierno y todo el sistema jugaba a favor de esta práctica. Gans considera que si los medios le hubieran dado más relevancia a los periodistas que tenían ideas más pesimistas acerca de la guerra (que eran generalmente más jóvenes y por lo tanto tenían menos influencia), «habrían sufrido más presiones por parte del gobierno, del público, de los anunciantes publicitarios, de las emisoras afiliadas, que eran todos básicamente *halcones*» ¹⁴.

Esto se reflejó en muchísimas ocasiones en noticias distorsionadas o manipuladas, incluso gracias a macabras políticas del Alto Mando, como la del conteo de cadáveres. Una vez comenzado

el conflicto en tierra, y viendo las particularidades que tenía, se vio pronto que las informaciones debían darse de otra manera. Siendo una guerra sin conquista de territorio, algunos pensaron que se debía cuantificar de otra manera el éxito estadounidense; surgió así la práctica del conteo de cadáveres, que encontró numerosos inconvenientes. Aunque el territorio fuera conquistado, era imposible distinguir entre guerrilleros y civiles muertos por error, o soldados infiltrados. Finalmente se contaban todos los cadáveres, fueran masculinos, femeninos o de jóvenes, como enemigos muertos. Esto llevó a un margen de error de hasta el 30%, admitido por el mismo Departamento de Defensa. La situación empeoraba cuando la Fuerza Aérea reclamaba determinados números como propios y hacía conteos separados a los del Ejército (incluso un mayor general llegó a poner cuotas de cadáveres a sus subordinados que debían ser cumplidas). Todos estos errores y muchos otros salían inmediatamente en los medios estadounidenses, y nadie parecía dispuesto a investigarlos e incluso cuestionarlos.

Sin embargo, la situación no podía durar mucho. Hacia 1967 las cosas comenzaron a cambiar. En realidad, y esto no lo desconocía pocos, una gran parte del público seguía de cerca la guerra sin estar de acuerdo con ella. Siempre existió un grado importante de oposición pública al conflicto, que se veía alejado e inútil. Ya en marzo de 1965, 25.000 manifestantes tomaron las calles de Washington para protestar por el envío de marines a la zona y hacia fines de 1967 las manifestaciones de 50.000 personas eran comunes. Sin embargo, los sondeos mostraban que más de dos tercios de la población apoyaba la política emprendida por el presidente Johnson. Y es que en realidad, siguiendo un criterio nacionalista, «durante la mayor parte de la guerra, las protestas contra la misma eran tratadas como noticias de desórdenes sociales. En este caso los periodistas aplicaron sus valores permanentes: de hacer lo contrario, recibirían presiones. Fueron acusados a menudo de dar demasiada publicidad a las *palomas* y de deformar según su punto de vista las noticias de la guerra»¹⁵. En concreto, el general Westmoreland, jefe del MACV, decía que los medios pintaban una imagen «sombria y distorsionada» de la guerra.

Pero las imágenes, aunque a veces algo sacadas de contexto, no eran irreales ni distorsionadas: las filmaciones de las búsquedas del enemigo en la jungla, los confusos combates, las tomas y destrucciones de aldeas y demás operaciones no eran falsas: eran parte de la guerra. Ya antes de la Ofensiva del Tet las acciones bélicas habían sido documentadas y causaron gran impacto en el público. Pero nada golpeó tanto como los acontecimientos de principios de 1968, que marcaron el comienzo del fin de la guerra de Vietnam y también el final de las prácticas en favor del gobierno de todos los medios.

Los primeros reportajes sobre el ataque comunista a la embajada estadounidense en Saigón, que incluían imágenes y sonidos de furiosos tiroteos en lo que era suelo estadounidense, hicieron que muchos telespectadores dudaran de las promesas de una pronta victoria, además de desmoralizar a la población: de alguna manera la guerra había alcanzado el territorio de los Estados Unidos. Para empeorar las cosas, la ejecución pública de un sospechoso vietcong, a quien el jefe de la policía de Saigón, Nguyen Van Ngoc Loan, disparó un tiro en la cabeza sin juicio previo ante las cámaras, dejó atónitos incluso a los más duros. La guerra se vio así en toda su furia y violencia.

A partir de la Ofensiva del Tet, que se luchó en Saigón y otras ciudades muy populosas de Vietnam del Sur, los medios de comunicación no necesitaron enviar a sus reporteros y cámaras a lejanos campos de arroz o pantanos: la guerra llegó a ellos. Y con gran intensidad, pues los combates fueron muy furiosos.

Gans continuó diciendo que «la Ofensiva del Tet tuvo un impacto traumático y muchos media nacionales mandaron a sus mejores corresponsales, incluido Walter Cronkite, a Vietnam del Sur para valorar la situación. A partir de entonces, casi todos empezaron a preguntarse, en las

editoriales y los reportajes, si la guerra podía realmente ganarse»¹⁶. Y fue justamente Cronkite, que tenía gran influencia por haber dado una cobertura imparcial de la guerra, uno de los que más influyó en cambiar de signo esa situación. El 27 de febrero de 1968 dio su opinión: «ahora parece más seguro que nunca que la sangrienta experiencia de Vietnam terminará en tablas». Se sabe que el presidente Johnson se volvió hacia su secretario de prensa y le dijo: «si he perdido a Walter, he perdido al ciudadano medio».

Y efectivamente así fue. Johnson no solamente no se presentó a reelecciones, sino que además su sucesor, Nixon, basó su campaña en dar término a la guerra. Y tuvo que hacerlo a pesar de que deseaba continuarla, porque ya la presión popular era demasiado poderosa.

La guerra siguió adelante pero las cosas no mejoraron. Comenzaron a filtrarse datos de numerosos crímenes de guerra como la masacre de la aldea My Lai (marzo de 1968), en donde 300 civiles inocentes fueron ejecutados mientras sus casas y ganado eran quemados. No fue la única aldea que desapareció gracias a las presiones por lograr un conteo de cadáveres más alto. Las investigaciones y juicios, que generalmente terminaban en la nada o en chivos expiatorios, comenzaron a llenar la televisión. También las protestas adquirieron mayor tiempo, simbolizadas en la quema de las cartillas de reclutamiento, que se hacían más frecuentes mientras se hacía la guerra más impopular. Ya no aparecían como simples disturbios, y el colmo fue cuando el 4 de mayo de 1970, durante una de tantas manifestaciones contra el envío de tropas a Camboya, cuatro estudiantes murieron y diez fueron heridos por balas disparadas por la Guardia Nacional. La guerra ya se cobraba muertos en EEUU.

Durante ese período y también finalizada la guerra, como anota Hastings, «algunos soldados y políticos argumentaron que los efectos de esta nueva situación fueron desastrosos para la causa americana.» Se criticó a la prensa por haber inventado una imagen irreal de la guerra, provocando el descontento y la desmoralización y permitiendo así que los sectores pacifistas lograran sus objetivos. Pero en definitiva no fue más que la expresión de la libertad de prensa; «las heridas y miserias infligidas tanto a combatientes como a no combatientes en Vietnam no fueron distintas a los sufrimientos inseparables a todas las guerras. Pero la viveza con que fueron llevadas a las salas de estar del público americano, mes tras mes, años tras año, contribuyó poderosamente a la desilusión de toda la nación. Del mismo modo, la causa americana se resintió del hecho de que mientras sus propias desgracias y tropiezos aparecían en la crónica de los medios de comunicación de todo el mundo, los de Hanoi no, como tampoco se publicaron apenas las atrocidades de los comunistas»¹⁷.

Vietnam no solamente fue el laboratorio de pruebas de muchas y numerosas armas, sino que también ayudó a probar la capacidad de la televisión de traer a las casas de todos los habitantes el «nuevo espectáculo» de la guerra. Su efectividad en este campo quedó demostrado sin lugar a dudas. Fue también una muestra de cómo los medios, presionados por sectores económicos y sociales (los famosos *halcones*) y con su información y fuentes manejadas por el Estado, pudieron justificar una guerra que luego ellos mismos volvieron injusta.

«Sin embargo creo que esos comandantes y políticos americanos que pretenden que sus propios medios de comunicación les costaron la victoria están equivocados»¹⁸. Y Hastings tiene razón: Vietnam se perdió por errores militares y políticos, pero no a causa de los medios, aunque estos fueron en definitiva una importante razón para que la guerra terminara.

La parte final de Vietnam es un ejemplo típico de cómo los medios de comunicación pueden desprenderse de la influencia estatal, siendo realmente independientes y mostrando la realidad más cruda de los crímenes de guerra.

La guerra del Golfo de 1991

Vietnam fue, hasta su época, la guerra con más cobertura mediática. A ello contribuyó sin duda el desarrollo tecnológico del momento, con cámaras en colores, transmisiones más rápidas y seguras, etc. Pero difícilmente se haya llegado a la saturación de imágenes y sonidos que tuvo la guerra del Golfo poco menos de dos décadas más tarde.

Luego de que el ejército iraquí invadiera Kuwait el 2 de agosto de 1990, las medidas de la ONU no se hicieron esperar. Sanciones económicas el 6 de agosto, embargo marítimo el 25 del mismo mes y la más importante: la resolución nº 678, un sencillo *ultimatum*. Si Iraq no retiraba sus fuerzas de Kuwait antes del 15 de enero de 1991, los países miembros de la ONU estarían autorizados a utilizar «todos los medios necesarios» para restaurar la paz y el Estado kuwaití.

El anuncio tan temprano del comienzo de las acciones militares puede pensarse como el anuncio del estreno de una nueva película, la que gracias a las continuas publicidades, todos iban a querer mirar. Todos los medios del mundo tuvieron tiempo de sobra para hacer investigaciones sobre la anterior guerra de Iraq con Irán, evaluar los arsenales de la región, reservar plazas en hoteles de Bagdad, preparar a sus cronistas y camarógrafos, enviarlos a Iraq y dejar todo listo para el 15 de enero. Le daba también tiempo, por supuesto, a una ingente cantidad de recursos militares de Inglaterra, EEUU y otros países de la ONU para movilizarse y emplazarse en Arabia Saudita, preparándose así para la guerra en el desierto.

Los medios esperaron todo el 15 sin ninguna novedad. La diferencia horaria hacía que la fecha límite, computada en Nueva York, fuera en realidad el 16 de enero en la zona del Golfo. Pero aunque el estreno se hizo esperar, el espectáculo comenzó con toda su fuerza esa misma noche del 16.

Las imágenes transmitidas por las cámaras de la CNN en Bagdad probablemente quedarán en la historia de los medios como las primeras de una gran ofensiva aérea transmitidas en vivo a todo el mundo. Y no fueron las únicas. Las cámaras miraban a los aviones despegando, a los tanques siendo cargados con municiones y combustible, a los barcos patrullar las costas. Fue la *Primera Guerra Mediática*, en todo sentido.

Es por eso que sobre el tema no podía faltar una catarata de un análisis desde distintas disciplinas. Son de destacable aparición los tres artículos escritos por Jean Baudrillard, uno antes del estallido del conflicto bélico («La guerra del Golfo no tendrá lugar»), uno durante («¿Está teniendo lugar realmente la guerra del Golfo?») y otro poco después de terminado («La guerra del Golfo no ha tenido lugar»).

Los nombres de los artículos pueden sonar ridículos, pero como el mismo autor afirma en el primero, «poner de manifiesto la imposibilidad de la guerra justo cuando está a punto de producirse (...) es una apuesta estúpida. Pero habría sido más estúpido todavía desaprovechar la ocasión»¹⁹. El eje de los tres artículos radica en que es la primera de las nuevas «guerras virtuales», en las que cambian las armas, los objetivos, las estrategias y todo para lograr hacer de ellas un espectáculo.

«Contrariamente a las guerras anteriores, en las que se dirimían envites políticos de conquista o dominación, es la guerra en sí, su estatuto, su sentido, su futuro lo que está en juego en ésta. Debería no ya tener una prueba de su finalidad, sino aportar la prueba de su propia existencia (...)»²⁰. Esto es, la guerra ha perdido su fundamento, y por eso cuando aparece debe presentarse ante las cámaras, o de otra manera no sería vista como algo real. Es una *guerra anoréxica*, como la denomina el autor: una guerra *light*, como las golosinas y los programas de televisión, fruto de la

posmodernidad que no ve cambios ni alternativas, y solamente maquilla la realidad para hacerla más agradable. La guerra es inútil y por eso debe justificarse para poder llevarse a cabo.

Comparáramos a las sanciones de la ONU con el del anuncio de un estreno de cine. Y es que la guerra en este punto, y especialmente la guerra del Golfo de 1991, fue un ejemplo típico de la industria cultural: un gran espectáculo filmico con todas las partes de un *thriller*.

El primer síntoma es el ultimatum pospuesto de la ONU, es el suspenso: «hoy inicio la guerra virtual, mañana iniciaré la guerra real»²¹. Mientras tanto los bombardeos son los de la televisión: «los medios de comunicación promocionan la guerra, la guerra promociona los medios de comunicación, y la publicidad rivaliza con la guerra»²². La serpiente se muerde la cola, mientras los analistas del Pentágono y los expertos contratados por los canales evaluaban la amenaza del arsenal iraquí.

La primera observación fue, sin duda, para las armas químicas y biológicas. Iraq las había desarrollado y utilizado durante la guerra con Irán porque contaba con una seria desventaja numérica, y Saddam Hussein pensó que era la manera ideal de equilibrar la balanza. Todo el eje de la guerra se pasó a este punto: Hussein era un nuevo Hitler que invadía un país desvalido como el *Führer* lo hizo con Polonia en su momento; que contraviniendo tratados internacionales hacía uso de armas biológicas y químicas contra la población civil, ocasionando un nuevo Holocausto para los kurdos que buscaban su independencia. Pero en realidad, si Iraq pudo desarrollar la tecnología era porque EE.UU. lo había permitido, ya que la guerra contra Irán le permitía contar con un reemplazante de la *mano dura* en esa parte del Golfo tan controvertida. En realidad, los ataques con gases nerviosos no fueron nunca un éxito por las condiciones climáticas del desierto, y por la escasa preparación de las mismas tropas iraquíes, que a veces caían víctimas de sus propias armas porque no contaban con equipos especiales. Estos hechos fueron ignorados rotundamente, haciéndole creer a todo el mundo que Hussein tenía en su mano el poder de borrar la vida del planeta. El espejismo de una amenaza que no se cumplió.

El poder militar de Iraq fue prontamente considerado como el *cuarto ejército del mundo*, un título sin duda demasiado pomposo y exagerado para la realidad. Se creyó en casi un millón de personas, pero se dejó de lado el hecho de que la anterior guerra no solamente lo había diezmado, sino que además el equipo más nuevo y mejorado lo poseía la Guardia Republicana, adicta ideológica y políticamente a Hussein, y que el resto del ejército, de origen chiita, poseía poca preparación y equipamiento. La armada era prácticamente inexistente, teniendo en cuenta que el país apenas tenía salida al mar. Y la fuerza aérea, equipada con aparatos más que decentes, apenas había sido usada en la anterior guerra, logrando éxitos solamente contra petroleros iraníes desarmados, lo cual le daba a sus pilotos muy poca experiencia.

Es justamente como dice Baudrillard: con los medios de comunicación se fue creando un enemigo «a imagen y semejanza». Los estadounidenses, afirma, solamente pueden combatir con un enemigo de este tipo, por alguna clase de generosidad o estupidez egocéntrica. «Son incapaces de imaginarse al Otro, y por lo tanto tampoco pueden hacerle personalmente la guerra; le hacen la guerra a la alteridad del otro, lo que pretenden es reducir esta alteridad, convertirla, o si no, aniquilarla, si resulta irreductible (como los indios)»²³.

Después del suspenso viene la ansiedad, mientras el plazo se acerca todo el mundo especula y la opinión pública solamente habla de la agenda de los medios: en este caso lo principal es la guerra, se esté a favor o en contra. Y cuando finalmente se apagan las luces del cine y los comerciales dejan de aparecer y comienza la película, todo el mundo está casi histérico: no puede esperar más, quiere que comience ya. Como bien señala Baudrillard, la saturación anterior finalmente le quita el sabor al espectáculo. Tanto se habla que finalmente los efectos son inversos:

ya no se quiere hablar de la guerra: se la quiere terminada. Pero no se la puede terminar en cualquier momento y es necesario darle un buen final, como en toda película: la victoria.

La guerra, luego de cinco meses de virtualidad, pasaba a su fase terminal, la real. Pero para Baudrillard «lo virtual se sucede a sí mismo»²⁴: la verdadera guerra no es más que la prolongación del espectáculo anterior. Al fin y al cabo, no hay diferencias entre las publicidades de la película y la película misma: las dos son irreales.

Es más, esta parte de la guerra era la más peligrosa. Porque al ver una publicidad se sabe que es, pero si nos aseguran que la película está *basada en hechos reales*; ¿por qué no creerlo? ¿Acaso no lo dicen los medios y el mismo Estado? ¿En quien más confiaremos para informarnos de eso que pasa tan lejos? Se sabe sin embargo que es difícil adaptar un buen libro al cine, sin que pierda su esencia. Y los adelantos técnicos como el zoom, la visión nocturna o térmica, las cámaras en los misiles pueden alejarnos de esos *hechos reales*. «El mismo espejismo de progreso que cuando apareció el cine sonoro y en color: con cada etapa de este progreso nos hemos ido alejando de la intensidad imaginativa de la imagen»²⁵. Baudrillard concuerda aquí con Adorno en que la técnica no nos acerca a la realidad, solamente a una imagen de la realidad, que puede estar distorsionada: «cuanto más nos acercamos supuestamente a la realidad (o a la verdad), más nos alejamos de ella, puesto que no existe. Cuando más nos acercamos al tiempo real del acontecimiento, más caemos en el espejismo de lo virtual»²⁶. Y los espejismos son siempre peligrosos, porque nos guían a lugares a los que no queremos ir, pero en el desierto son los enemigos más peligrosos: «que Dios nos proteja del espejismo de la guerra»²⁷.

La guerra comenzó como espejismo. El día y la hora exacta fue poco clara. Los ataques aéreos contra Bagdad, que respetaron los hoteles atestados de periodistas, fueron precisos en cuanto a lo militar, pero nadie supo decir exactamente qué había sido destruido. Los informes llegaban de los periodistas apostados en la capital iraquí, que servían de exploradores: no había agua ni electricidad, ni televisión. Sin duda el hecho más curioso de esta guerra, que marca la decadencia mencionada por Baudrillard, es ese uso y abuso de los periodistas, que atípicamente son los únicos ciudadanos de los países agresores que pueden permanecer en el país agredido sin sufrir daños personales.

Durante casi una semana la aviación aliada no hizo más que *ablandar* las posiciones enemigas con todo un arsenal de última tecnología, hasta que la ofensiva terrestre comenzó el 24 de febrero.

Rápidamente llegaron los informes del Pentágono dando cuenta de cada objetivo destruido. Pero no se trataba esta vez de simples puntos y nombres en un mapa: traían las pruebas, como si fuera necesario creer lo que decían, por si no creían en ellos. Esas pruebas eran las cámaras de los aviones o las puestas en las cabezas de los llamados *misiles inteligentes*. Se hicieron famosas rápidamente las tomas en gris o en verde, tomadas de noche con dispositivos especiales, que mostraban a los edificios volando en pedazos o un acercamiento fatal de la cámara, que dejaba de transmitir repentinamente cuando la punta del misil tocaba una pared de un edificio anónimo. Una y otra vez se repitieron por televisión los bombardeos, en todos los canales de EE.UU., a cualquier horario.

Baudrillard no podría explicarlo mejor. «Todo comenzó con el leitmotiv de la precisión, de la eficacia puntual, matemática, quirúrgica, que también representa otra manera de no considerar al enemigo como tal (...)»²⁸. Hasta antes de la aparición de los medios de comunicación, nunca los altos mandos tuvieron que presentar pruebas de sus éxitos o fracasos: simplemente sucedían. Sin embargo, la guerra *inteligente*, a distancia, a control remoto o en piloto automático, implica que la gente sepa qué está sucediendo. Como antes fueron los conteos de muertos en Vietnam, esta nueva guerra que no conquista territorio sino que se basa en la escalada de violencia para lograr

consenso, comenzando por los bombardeos, necesita ahora que contemos edificios. ¿Son edificios civiles o militares, buenos blancos o errores? No importa, igual que no importaba en Vietnam si los cadáveres tenían o no armas, o si eran guerrilleros o campesinos inocentes. Hay que mostrar pruebas de que la maquinaria funciona, y para eso la televisión es el instrumento perfecto: creíble y popular.

«A fuerza de aislar al enemigo con tanta interferencia electrónica de todo tipo, se acaba creando una especie de parapeto detrás del cual el propio enemigo acaba volviéndose invisible. Se vuelve tan *stealthy* a su vez, y su capacidad de resistencia, indetectable»²⁹. Baudrillard lo ejemplifica muy bien con los aviones iraquíes. Supuestamente formaban la séptima fuerza aérea del mundo; pero los iraquíes sabían que si despegaban serían derribados inmediatamente y se quedaban en sus refugios. Fue imposible por lo tanto determinar la cantidad de aviones iraquíes destruidos, y las cifras fluctúan entre 100 y 150, un margen demasiado grande para los estándares militares. El tema de la evaluación de daños, vital para continuar con seguridad cualquier campaña, no pudo ser solucionado nunca. Los objetivos estaban tan dentro del territorio enemigo que no se justificaban misiones de reconocimiento, todavía más peligrosas que las de ataque.

Los informes del Pentágono iban y venían todas las tardes, actualizando la información, pero nunca dando datos precisos. Tenían «evaluaciones estratégicas totalmente especulativas, análogas a las de los sondeos en el ámbito de la opinión»³⁰. Como dice Baudrillard, en pocos días se pasaba del 20 al 50% del potencial militar iraquí destruido, y luego se regresaba al 30%³¹. Ni siquiera los mismos militares sabía que estaba pasando, y los medios solamente expresaban esa confusión, pues no tenían nada más que mostrar: todas las tomas de bombardeo son iguales.

A la manera del modelo de la comunicación cibernética, el autor considera esto como un caso de mal *feed-back*. Curioso es que el término, inventado al pensar en cañones antiaéreos durante la Segunda Guerra Mundial, se aplique ahora con tan malos resultados. Los misiles van y vienen a través del televisor, pero no llegan a encontrar jamás sus objetivos si dejar en claro su mensaje. «De este modo un ataque aéreo sobre Iraq se lee en términos de codificación, de *feedback* (éste es pésimo, ni siquiera se consigue saber qué es lo que se ha destruido)»³². Por más inteligente que sea la tecnología, aunque tenga una ideología como lo decía Marcuse³³, parece ahora incapaz de comunicarla de manera entendible. ¡Si ni siquiera puede identificar al enemigo! «A fuerza de aniquilarlo a distancia y como por transparencia, se acaba por no poder ni detectarlo ni como muerto»³⁴. Ni tampoco como amigo: en dos operación terrestres, de las 14 bajas estadounidenses registradas, 10 fueron debido a fuego aéreo de aviones aliados. Pero, como dice el autor, «el hecho de que los americanos *jamás hayan visto* a los iraquíes queda compensado por el hecho de que los iraquíes jamás lucharan contra ellos»³⁵.

Toda la guerra estuvo basada en espejismos, y no fue más que un gran espejismo creado por el Estado y alimentado por la prensa y especialmente la televisión. No fue irreal para los soldados que la pelearon: para ellos, y solamente para ellos, fue algo verdadero, pero para el resto fue solamente una enorme película de gran producción y costo: cada *misil inteligente* costaba un mínimo de 60.000 dólares. Las estrellas eran no menos importantes: los superhéroes encabezados por el presidente Bush, su secretario de Defensa Cheney y el general Schwarzkopf, contra el supervillano Saddam Hussein, que muchos llegaron a mencionar como el tercer Anticristo después Napoleón y Hitler.

Luego del suspenso y la angustia, la película llegó a la fase detectivesca. Primero los aviones de última tecnología con sus *misiles inteligentes* destruían algún objetivo y luego el Pentágono, los medios y la opinión pública se ponían a investigar qué había sido destruido. Como sucede en las

películas policiales, cuando luego del tiroteo se interroga a los testigos y a los prisioneros y se buscan huellas en el lugar. Se destruyeron puentes, bunkers militares de comando y refugios de aviones, al igual que plantas químicas y nucleares. Pero también se destruyeron refugios para civiles y edificios que nada tenían que ver con la guerra. El caso más patético fue la voladura de una fábrica de leche en polvo, en la que el enviado especial de la CNN en Bagdad pudo constatar que en efecto había latas de leche en polvo de procedencia británica (aunque luego el fabricante dijera que la leche no era adecuada para bebés) ³⁶.

Baudrillard habla muchas veces de rehenes. En esta *no-guerra*, como él la llama, todos lo somos. Los telespectadores, porque no podemos despegarnos de las pantallas, porque no nos dejan: cambiamos de canal y tenemos otro informativo, pero con los mismos datos y las mismas imágenes. Washington y Bagdad son rehenes de sus propias filosofías. Los pilotos estadounidenses capturados, obligados a *confesar* la política injusta de su país, maltratados y puesto ilegalmente en objetivos clave para asegurarse de que no vayan a ser atacados (como si las *armas inteligentes* lo supieran y pudieran hacer algo al respecto). Y finalmente, los medios de comunicación, los rehenes más grandes: rehenes de las presiones de sus grupos económicos propietarios, pero en territorio enemigo y por lo tanto obligados a servir a los déspotas en el gobierno, mostrándole al mundo las injusticias (verdaderas o fabricadas) que allí se cometen. Rehenes de sus prioridades de mostrar imágenes impactantes aunque no digan nada, de dar datos aunque no estén chequeados o sean falsos, para llenar un espacio antes que la competencia.

El autor también habla mucho de engaños. La guerra del Golfo está plagado de ejemplos: el engaño de la gran potencia militar de Iraq (que llevó a un despliegue de fuerzas exageradamente grande), el engaño de su enorme capacidad de producción, almacenamiento y uso de sus armas químicas y biológicas (que llevó a que todos usaran máscaras que no eran más que simulacros, porque las máscaras solas no sirven en un ataque de este tipo, sobre todo si se usan agentes biológicos neurotóxicos), el engaño de Hussein como un Anticristo (que pretende enfrentarse con la cristiandad estadounidense, dueña de la palabra de Dios). Y los engaños siguen. Todos y cada uno creados por el Estado y los medios, gracias a la insistencia con que los inculcaban en las mentes de todos.

«Que los bombarderos Stealthy, indetectables, hayan inaugurado la guerra dirigiendo sus ataques contra engañosas y destruyendo sin duda objetivos falsos (...) es algo que da fe de lo engañoso de la fuerza cuando ésta ya no se enfrenta al adversario, sino a su propia operación abstracta exclusivamente» ³⁷. Los iraquíes hicieron un uso magistral de la llamada *defensa pasiva*: incendiaban trincheras con petróleo y neumáticos para simular daños de ataques anteriores, fabricaban lanzaderas de misiles *Scud* e incluso llegaban a pintar cráteres muy creíbles en las pistas de aterrizaje, para que los aviones enemigos se confundieran y dieran por destruido el objetivo.

«Los señuelos de Sadam Hussein todavía tratan de engañar al enemigo, pero el señuelo técnico americano sólo trata de engañarse a sí mismo» ³⁸. Los aliados creían en estos simulacros, de la misma manera que creaban otros para su propia población.

Luego de los engaños mencionados anteriormente, inventaron el engaño de los *Scud*: un misil balístico táctico de producción soviética, con un alcance de 300 km. Los iraquíes poseían un número desconocido de estos misiles y habían fabricado versiones propias desarmando los SCUD-B y aumentando su alcance hasta a 900 km, pero reduciendo la cabeza de guerra de 1 tonelada a 300 kg. Sin embargo, eran tremendamente imprecisos: el SCUD-B soviético tenía un error probable de 450 m y las versiones iraquíes llegaron a caer a un kilómetro de donde se les pedía. Los *Scud* soviéticos e iraquíes no tenían valor alguno en una guerra moderna, debido a su enorme imprecisión y su facilidad para ser derribados. A pesar de esto, el Pentágono y los medios de comunicación

agrandaron tanto la figura del SCUD, un resabio de la guerra fría, insistiendo en su capacidad de llevar armas químicas y de su aparente abundancia en los arsenales iraquíes, que así justificaban las constantes salidas en búsqueda de lanzaderas ocultas en el desierto. Los resultados fueron muy buenos, pero a nadie pareció importarle que Iraq solamente tuviera unas 36 lanzaderas, mientras que muchas más deben haberse destruido con armas *inteligentes*. «Todo el efecto estriba en la programación, el éxito es el del modelo virtual. No hay más que ver los Scuds, su eficacia estratégica es igual a cero, su único efecto (psicológico) reside en el hecho de que Sadam consiga lanzarlos»³⁹. De esta manera los Scuds destruidos en espacio aéreo israelí no eran más que un doble engaño: los iraquíes con su ataque simulado, y los estadounidenses con su defensa simulada. Y sin embargo, los Scuds destruyeron partes de ciudades israelíes e incluso uno mató a 29 soldados estadounidenses, las mayores bajas de la guerra. Un espejismo sin contraespejismo puede ser fatal.

Los iraquíes se cansaron de lanzar Scuds (en sí mismos otra clase de engaño) y de fabricar simulacros de lanzaderas. Y los altos mandos militares aliados, enmascarados en su *guerra de botones*, no dejaron de creerlos nunca. «Habría que mandar a todos esos generales, almirantes y demás expertos de pacotilla a una posición estratégica hinchable, para saber si esas engañifas al final no acabarían atrayendo sobre sí una bomba real»⁴⁰.

Toda la guerra no fue en sí más que una simulación, un gran videojuego absurdo e inútil: si la guerra se hubiera llevado a cabo como se debe (coordinando los ataques aéreos con una ofensiva terrestre simultánea), todo hubiera terminado de otra manera, mucho antes. Hubiera sido una masacre absurda, pero todo el mundo la hubiera entendido mejor. La gran amenaza de este tipo de guerra es que enmascara y oculta. Como termina Baudrillard su segundo artículo, «hay absurdos de diversos tipos: el de la masacre y el de caer en la trampa de la engañifa de la masacre. Ocurre como en la fábula de La Fontaine: el día que se produzca una guerra de verdad, ni tan sólo notaréis la diferencia. La verdadera victoria de los simuladores de guerra estriba en haber metido a todo el mundo en la podredumbre de esta simulación»⁴¹.

Después de la Tormenta del Desierto, llegaron los análisis de todo tipo. Más allá de los militares, que daban cuenta de que Iraq todavía podría haber seguido combatiendo de manera efectiva, llegaron los análisis comunicacionales y semióticos, como el tercer artículo de Baudrillard, que daba cuenta de que, como decía el título, «La guerra del Golfo no ha tenido lugar» porque había sido un engaño, de principio a fin.

«Hay como una especie de virus en esta guerra que, desde el principio, la habrá desposeído de cualquier credibilidad»⁴². Los resultados eran predecibles: como apunta el autor, se sabía que cada lado libraría su guerra: los aliados una virtual e *inteligente*, ganada de antemano, y los iraquíes una tradicional y perdida de antes. Aquí aparece el papel tan importante de la televisión como arma: puede hacer creer a las personas lo que sucede. «O la tele, clavando a la gente en sus casas, cumple plenamente con su función de control social mediante el embotamiento colectivo: girando inútilmente sobre sí misma como un derviche, mantiene amarradas a las multitudes tanto mejor cuanto que las decepciona, igual que un bodrio de novela policíaca, que no le cabe a uno en la cabeza que pueda ser tan malo»⁴³.

El grado de popularidad de Bush subió del 85% al inicio de la campaña terrestre a un 91% al finalizar la guerra, mientras por las calles de Washington ya no desfilaban manifestantes, sino tanques y soldados. Según se dice, el presidente del consejo de jefes de Estado Mayor, general Collin Powell, fue el responsable indirecto de que Saddam continúe en el poder. En los fieros combates al norte de Kuwait, muchas unidades de la Guardia Republicana habían sido destruida en lo que se conoció como «carretera de la muerte»: cientos de tanques y vehículos fueron cañoneados o destruidos desde el aire mientras intentaban llegar a la frontera con Iraq (para dar un ejemplo de la

masacre, solamente dos aviones de ataque A-10 destruyeron a 23 tanques iraquíes). Las imágenes de los tanques chamuscados y decenas de caváderes iraquíes carbonizados que eran visitados por saqueadores y no recibían sepultura dieron la vuelta al mundo. Algunos dicen que Powell no quería hacer ver a los estadounidenses como masacradores, y por eso decidió terminar con todo rápidamente, para ahorrarse el costo político. Luego de la firma de la capitulación, las tropas se retiraron, dejando a Saddam y a su ejército todavía fuerte ⁴⁴.

Finalmente la victoria no fue más que otro espejismo: en realidad se puede hablar de un empate.

A diferencia de Vietnam, aquí no tenemos ejecuciones frente a las cámaras ni muertos y sangre en la pantalla. Solamente impersonales visiones de explosiones de edificios, tanques en movimiento, aviones despegando y helicópteros patrullando. El enemigo no se ve ni muerto ni vivo, y ni siquiera los propios soldados son protagonistas: están ocultos detrás de máscaras y blindajes. Desde el pájaro lleno de petróleo hasta los pilotos estadounidenses prisioneros renegando de su patria frente a las cámaras, todo resultó un engaño de gigantescas proporciones. «Engañifa de la información, con su chantaje de incitación al pánico» ⁴⁵ de la guerra química, de los Scuds, de los ataques con armas secretas como las de Hitler... No hay «ninguna imagen del campo de batalla, pero [sí] imágenes de máscaras, de rostros deshechos o cegados; imágenes de alteración. No es la guerra lo que está teniendo lugar allá, sino la desfiguración del mundo» ⁴⁶.

La guerra se sepulta en la arena del desierto. Tal vez por ser fea, por no ser querida, le hacen una cirugía estética para que pueda ser la nueva estrella de la pantalla chica. Se sepulta en definitiva para sobrevivir, porque nadie la quiere. Se sepultan ambos bandos también para sobrevivir: los iraquíes materialmente, los estadounidenses virtualmente. «Solo funciona la tele, como un medio sin mensaje, mostrando por fin la imagen de la televisión pura» ⁴⁷.

Parafraseando a Brecht, Baudrillard establece que «si esta guerra no hubiese sido una guerra y las imágenes hubiesen sido imágenes verdaderas, entonces habría un problema.» La guerra se hubiera en un escándalo mayúsculo. De la misma manera, «si la guerra hubiese sido una guerra verdadera, y la información no hubiese sido información, esta no-información se habría presentado como lo que es: un escándalo. En ambos casos, habría sido un problema» ⁴⁸. Pero los dos espejismos sumados, el de la información y el de la guerra, lograron parecer mucho más reales que separados. La pregunta es «¿pues cómo es posible que una guerra verdadera no haya generado imágenes verdaderas?» ⁴⁹

De todas maneras la guerra fue un escándalo. «No tanto el de la guerra en sí como el de la manipulación de las conciencias, del chantaje en el guión; puesto que el peor de los escándalos sigue siendo la demanda colectiva de intoxicación, la complicidad de todos en los efectos de la guerra, en los efectos de la realidad y de falsa transparencia de esta guerra» ⁵⁰.

Allí radica el centro del análisis de Baudrillard: no el hecho de que nos hayan engañado, sino que necesitemos y aprobemos ser engañados. Los mismos rehenes mencionados anteriormente, por una u otra razón, ayudamos a perpetuar el espejismo. Lamentablemente «la no-voluntad de saber forma parte de la no-guerra» ⁵¹. Y los peores cómplices son, tal vez, los medios de comunicación.

«La información tiene una profunda función de decepción. Poco importa de qué nos «informa», poco importa su «cobertura» de los acontecimientos, pues precisamente no es más que eso, una cobertura; su objetivo es el consenso, mediante encefalograma plano. Someter a todo el mundo a la recepción incondicional del simulacro retransmitido por las ondas, en eso consiste el complemento del simulacro incondicional sobre el terreno. Abolir cualquier comprensión del acontecimiento. Lo que

resulta de ello es una atmósfera irrespirable de decepción y de estupidez. Y si uno toma vagamente conciencia de que es víctima de esta satisfacción y de este desengaño de las imágenes, remoja esta decepción y sigue fascinado por la evidencia del tinglado de esta guerra, que se nos inocular por doquier, por los ojos, por los sentidos, por los discursos»⁵².

Lamentablemente, la guerra del Golfo de 1991 no fue un espejismo natural, propio de todos los desiertos. Fue uno artificial, orquestado desde más arriba. Su objetivo lo marca Baudrillard: servir como muestra para los que intenten desafiar los intereses estadounidenses en cualquier parte del mundo. Una película de propaganda política más, como lo fueron tantas durante todo el siglo pasado: un arma de consenso, pero inmaterial, virtual. Pocos se dan cuenta de que están dentro de una gigantesca cámara de adoctrinamiento, tal como si estuviéramos en 1984.

La guerra de Kosovo

*Esto es un ejemplo de cómo la presión militar y la diplomacia pueden funcionar juntas.
Madelaine Albright*

Ah!, usted es argentino. Entonces cuente la verdad: hemos resistido para defender esta tierra sagrada. No es cierto que somos unos monstruos, que hemos arrasado a los albaneses, aunque es cierto que en los primeros días de la guerra hubo muchos excesos.

Soldado Janko, del ejército yugoslavo en retirada de Kosovo, a un corresponsal de Clarín.

Nos han tirado más bombas que a Hiroshima pero hemos resistido. Nuestras pérdidas fueron mínimas y no hemos capitulado.

General Vladimir Lazarevic, comandante de la Armada yugoslava que defendió Kosovo, en su discurso de despedida luego del anuncio del acuerdo de paz.

La región de Kosovo fue desde hace siglos escenario de luchas de origen religioso. Los choques entre las poblaciones islámicas y las católicas ortodoxas fueron corrientes durante un tiempo, hasta la victoria definitiva de los turcos hace varios siglos sobre los serbios. Es por eso que la región es considerada sagrada por ambos grupos religiosos: los dos gastaron mucha de la sangre de sus hombres para defenderla o ganarla.

La región de los Balcanes siempre fue conflictiva a causa de las numerosas etnias y los conflictos religiosos derivados de ellas. No hay que olvidar que las causas de la Primera Guerra Mundial se gestaron allí, cuando un activista de la Mano Negra asesinó en Sarajevo al archiduque Francisco Fernando y a su esposa, siendo el primero heredero a la corona del Imperio de Austria-Hungría.

Luego de la Gran Guerra se decidió que Serbia, gran aliada del Imperio Ruso (en ese momento ya en transición a ser Unión Soviética) se uniría con otras regiones y formaría un país más grande, llamado Yugoslavia. Así compartieron un mismo destino Serbia, Montenegro, Bosnia, Eslovenia, Croacia y Macedonia. Yugoslavia permaneció estable durante mucho tiempo bajo la estadía en el poder del Mariscal Tito, de tendencia comunista. Incluso participó activamente durante la Segunda Guerra Mundial del lado aliado. Sin embargo rompió sus lazos con la URSS y fue parte del grupo de los Países No Alineados.

Pero cuando Tito murió en 1980 todo comenzó a deshacerse. La estabilidad se había mantenido a causa de un sistema de rotación en el gobierno, de manera que los presidentes pertenecían alternativamente a una etnia y ninguna dominaba totalmente el poder. La década del 90

comenzó con nuevos conflictos. Las provincias autónomas de Kosovo y Voivodina (de mayoría étnica albanesa y húngara, respectivamente) perdieron su autonomía, lograda en 1968, lo que llevó a la formación en la primera del ELK, o Ejército de Liberación de Kosovo, un grupo guerrillero que buscaba la independencia completa de la región.

Cuando los Serbia y Montenegro impidieron que un candidato croata llegara a la presidencia, Croacia y Eslovenia acordaron separarse en 1991. El ejército federal, dominado por oficiales serbios, fue enviado a reprimir a los secesionistas pero fue vencido. Macedonia logró separarse pacíficamente, pero apenas terminó la guerra en Croacia el foco se movió a Bosnia, en donde se comenzó nuevamente la lucha. Finalmente, luego de un embargo económico a la región, la presión diplomática y la intervención de las tropas de paz de la ONU, se reconoció legalmente a todos los países, especialmente a la República de Yugoslavia como la sucesora legal de la anterior Yugoslavia.

Pero el problema no terminó luego de que las cámaras dejaran de enfocarse en esa parte del mundo y los encargados diplomáticos se olvidaron por completo del asunto (como apuntan muchos fue el caso del mismo Clinton, que borró de su mente todo lo que podría haber aprendido durante la guerra de Bosnia sobre la política de la región). El ELK seguía pidiendo y luchando violentamente por la independencia de Kosovo, una región escasa en recursos naturales, con una enorme proporción de albaneses sobre la población serbia, y para colmo, vecina a Albania, lo que hacía pensar en una posible anexión.

La violencia continuó, ya que la región boscosa permitía el desarrollo de una estrategia guerrillera típica; la guerrilla se sostenía supuestamente controlando el narcotráfico y el mercado negro de armas. Sin embargo la situación cambió cuando desde marzo de 1998 numerosos testimonios de kosovares de ascendencia albanesa comenzaron a manifestar a la comunidad internacional que eran víctimas de saqueos, asesinatos y violaciones por parte de efectivos de seguridad serbios.

El gobierno de Serbia, encabezado por el presidente nacionalista serbio Slobodan Milosevich, no reconoció las operaciones de «limpieza étnica» de las que se le acusaba constantemente. Luego de muchos tirar y aflojar, la OTAN decidió intervenir en el conflicto bombardeando objetivos en toda Serbia, incluido Kosovo.

Si la guerra del Golfo fue un espejismo, tal vez podríamos comparar a la guerra de los Balcanes con una foto trucada: dice muchas cosas, pero no todas son verdaderas. Sin embargo, el resultado salta a la vista y todo el mundo sabe que la foto está trucada. Por lo tanto, no sirve ni para mentir ni para decir la verdad.

La construcción de la guerra comenzó por esa fecha, lenta pero decisivamente. Como anota David North en un excelente trabajo sobre el imperialismo de fin de siglo ⁵³, la sofisticación tecnológica y todo lo que puede lograr supera el alcance que tuvo la propaganda facista en la Segunda Guerra Mundial, en la que la reina fue la radio. Ahora lo es la televisión, y «todas las técnicas para anestesiar el pensamiento, que usa la propaganda comercial y de la industria de espectáculos, florecen en la «comercialización» de la guerra a las masas» ⁵⁴.

Al igual que los slogans para los políticos, ahora esta forma de «anestesiar el pensamiento» necesita un slogan. Cada producto tiene uno para su publicidad, y cada película tiene un subtítulo sugestivo, y los medios son los encargados de darlos a conocer. «Esa sórdida empresa depende del uso efectivo de emotivas frases para desorientar al público. En el bombardeo de 1998 y 1999 contra Iraq, la contraseña fue «armas de destrucción masiva». Para movilizar a la opinión pública contra Yugoslavia, se escogió la expresión «limpieza étnica». En esas palabras se disuelven todas las complejidades, contradicciones y ambigüedades de los Balcanes» ⁵⁵.

Es fácilmente constatable que la frase «limpieza étnica» aparece prácticamente en todos los artículos periodísticos sobre el tema, incluso en países neutrales, no involucrados en el conflicto. De tanto repetirla pierde fuerza y nadie la corrobora. De esta manera, la guerra se convirtió rápidamente en una manera de evitar matanzas civiles. Todas las imágenes previas al conflicto mostraban a los albanokosovares huyendo para evitar ser rehenes físicos; pero como lo anota Baudrillard, eran rehenes de los medios, de las políticas. Eran justificaciones vivientes que debían ser mostradas como pruebas. Mientras tanto el contexto sociohistórico y político era totalmente ignorado. «La prensa no intentó para nada investigar los antecedentes históricos del conflicto. Cosas claves, como la relación entre la política económica impuesta a Yugoslavia bajo instrucciones del Fondo Monetario Internacional, y el auge de conflictos étnicos nunca fueron planteadas en público. Tampoco se quiso examinar en forma crítica el papel que jugaron las políticas norteamericana y alemana en iniciar la guerra civil balcánica»⁵⁶.

Como la situación en la zona eran muy conflictiva y numerosos aliados de la causa también tenían sus pecados a cuestas, lo mejor era no mencionarlos. Los guerrilleros del ELK aparecían casi como luchadores de la libertad, cuando en realidad cometían atrocidades de la misma manera que lo hacían los serbios, salvo que en una escala considerablemente menor. Como expresa un artículo de Clarín del 27/03/99, «¿es posible que esa explicación -la protección de inocentes- haya sido cierta? Dada la presente necesidad de demonizar a Milosevic, (...) poco se habla de las intenciones del insurgente Ejército de Liberación de Kosovo que no sólo declama aspirar a la independencia de Kosovo sino también a la posterior «liberación» de las minorías albanesas de Macedonia, Montenegro y aun de ciertas zonas rurales de Grecia para -en un futuro no demasiado lejano- regresarlas a la soberanía de Tirana conformando la «Gran Albania». Este es un fantasma que asuela a Europa y a también a Estados Unidos, a pesar de que casi nadie lo menciona»⁵⁷. La única manera de llevar a cabo esto es por la violencia, pero el tema era evadido de los medios. La causa: muchos países de la OTAN tienen problemas similares con etnias y grupos sociales: los irlandeses y escoceses en el Reino Unido y el grupo terrorista ETA en España son solamente dos ejemplos.

Apenas se hacía mención a los conflictos anteriores, como la guerra de Bosnia, especialmente violenta y sangrienta a pesar de considerarse como guerra civil. North pregunta «¿Por qué, por ejemplo, apoyó Estados Unidos la «limpieza étnica» croata de 250,000 serbios de la provincia de Krajina?»⁵⁸. Nadie lo sabe.

De la misma manera se comenzó una «personalización» de la guerra: el culpable era Milosevich, un nacionalista facista y racista lindando con el nazismo. Al igual que sucedió con Hussein, era el culpable de todo, era malvado por naturaleza. Todas las matanzas parecían provenir directamente de sus órdenes, y a nadie se le ocurrió que pudieran ser fruto, al menos algunas, de oficiales de alto rango con demasiada sangre fría.

Si en el Golfo se inventaron engaños que podían ser sospechados, aquí se inventaron mentiras descaradas, que no siempre se caían por su propio peso. «Por lo general, la prensa suprimió toda información que legitimaba en lo más mínimo el comportamiento del gobierno serbio. El ejemplo más infame de mentiras deliberadas es el reportaje de las negociaciones de Rambouillet. Primero, constantemente hablaba del *acuerdo* de Rambouillet, aunque todos los enterados sabían que lo de Rambouillet nunca tuvo nada que ver con *negociaciones* o *acuerdos*. Los serbios habían rechazado un *ultimátum*, no negociable»⁵⁹. Tanto la prensa estadounidense como la europea eliminaron de los comentarios un simple hecho que casi seguramente hubiera creado una oposición pública al ataque contra Yugoslavia: un anexo del *acuerdo* demandaba que Serbia le diera permiso a la OTAN para estacionar y mover sus fuerzas en cualquier parte del país, sin más avisos. Como dice North, era sencillamente un ultimátum, y no era negociable; era una manzana envenenada que nadie iba a

aceptar. Incluso cuando el *acuerdo* secreto se reveló y fue publicado íntegramente en Internet, nadie lo mencionó, excepto el New York Times, pero solamente el 5 de junio, cuando Serbia había firmado el verdadero acuerdo. El anexo tuvo que ser eliminado.

El tema de la «limpieza étnica» fue también una mentira descarada. Si bien lo que contaban muchos albanokosovares era cierto, el grado de atención de los medios fue desmesurado. En una región del mundo plagada de conflictos, no hubiera sido nada extraño dar la noticia: lamentablemente las matanzas de civiles suceden en muchas otras partes del mundo muy a menudo y no son notas de tapa (basta citar docenas de situaciones en países de África). Según algunos informes se habían matado a 300 personas en diez días, pero luego las noticias se hicieron confusas, y entre la confusión creció la mentira. «Simplemente se dejó de lado que, hasta el momento que comienzan a caer las bombas, habían muerto relativamente poca gente en Kosovo, al menos comparado con otros conflictos étnicos en otras partes del mundo. En lo referente al número de albanokosovares muertos directamente a manos de las fuerzas militares y paramilitares serbias, las alegaciones desmedidas de los Estados Unidos y la OTAN, de entre 100 y 250 mil muertos, nunca fueron confirmadas ni tuvieron ninguna relación con la realidad»⁶⁰. Sencillamente es imposible pensar que tantas personas hubieran podido ser asesinadas en tan poco tiempo, con poblaciones enteras huyendo hacia los países limítrofes, y con las fuerzas armadas siendo bombardeadas y dejadas con combustible ni municiones.

«Las rutinuales comparaciones entre el conflicto de Kosovo y el Holocausto son una obscenidad. Igualmente absurdo es comparar a Serbia con la Alemania nazi. La misma Corte Mundial, cuya acusación de Milosevic tuvo propósitos políticos, limitó el número de personas con que le responsabilizó oficialmente a 391. Nadie dice que Milosevic sea un humanitario compasivo, pero hay otros que son responsables de la muerte de muchos más, incluyendo Henry Kissinger, quien más tarde fue condecorado con el premio Nobel de la paz. Por momentos la propaganda parecía ahogarse bajo en peso de su propia mendacidad y vacuidades»⁶¹. Incluso el mismo Kissinger admitió comenzada la campaña que «Slobodan Milosevic no es Hitler, sino un matón de los Balcanes, y la crisis en Kosovo no tiene analogía alguna con los hechos anteriores a la Primera Guerra Mundial»⁶².

North no escatima adjetivos fuertes en este asunto, pues definitivamente fue algo peor que la guerra con Iraq. Allí por lo menos se justificaba el conflicto políticamente: Hussein tendría más poder de presión por el petróleo, podría fortalecerse militarmente y atacar otras naciones como Arabia Saudita o incluso lograr conquistar Irán, por ejemplo. Pero la guerra de Kosovo fue realmente inútil desde todo punto de vista, y pudo haberse solucionado por otros medios menos violentos, por lo menos para la población civil, como una campaña militar convencional.

El tema de las fuentes apareció nuevamente de manera confusa. El propio vocero del departamento de Estado de EEUU, James Rubin, tuvo que admitir los primeros días de abril que los informes sobre las matanzas a menos de los serbios no eran necesariamente hechos reales. No había muchos periodistas ni diplomáticos en la zona que corroboraran los dichos. La OTAN y Washington transmitían sin chequeos los informes del ELK directamente a los medios masivos. Que la guerrilla fuera fanáticamente opuesta al gobierno de Milosevic y que pudieran inventar o exagerar lo hechos no parecía importar. Se llegó a afirmar que unos 100.00 albanokosovares habían sido detenidos en un estadio de la ciudad de Pristina, cuando el estadio estaba vacío. También rodaron informes de matanzas de líderes del ELK o del incendio de sus casas, que nunca fueron tocadas. Incluso la ONU tuvo que declarar que, habiendo pruebas de violaciones a los derechos humanos, no se podía calificar de «genocidio» a los hechos, cosa que sí hizo el gobierno de EEUU para justificar sus ataques ante la población⁶³.

Pero el hecho de «que existiera alguna otra justificación para la guerra que el argumento filantrópico del gobierno de Clinton, nunca fue reconocido por la prensa, ni siquiera por aquellos que, pusilánimamente, pusieron en duda la decisión de bombardear a Yugoslavia»⁶⁴. Se barajaron rumores sobre minas de oro y zinc, pero que no justificaban en nada la acción. Todo se terminó de hundir en un gigantesco pantano de mentiras y engaños. Como dice North, «en verdad, la prensa, con su concentración monomaniaca en la limpieza étnica, impidió que se examinaran las razones esenciales de la decisión del gobierno de Clinton de bombardear a Yugoslavia. Desdichadamente, con unas pocas honorables excepciones, los expertos académicos en la historia balcánica y en la política internacional no demostraron ningún interés en denunciar la propaganda oficial»⁶⁵.

El 24 de marzo de 1999 comenzó la guerra aérea que devastó Serbia y Kosovo. Aviones estadounidenses de la OTAN atacaron todo tipo de blanco, civiles y militares. Pero los ataques también fueron propagandísticos y se continuaron con los de antes de la guerra.

Luego de unos días de bombardeo, al ver que los garrotes voladores de la OTAN no lograban doblegar a Milosevich, comenzó a levantarse de la tumba el fantasma de Vietnam, que atormentó a la opinión pública durante esos días. Muchos sectores querían enviar tropas terrestres a la zona para invadir Yugoslavia y de alguna manera repetir la guerra del Golfo. Pero esta vez la gente, como en años anteriores, se opuso, y comenzaron las protestas, al grito de «Hey, hey, Tío Sam, Kosovo es Vietnam». Más allá del astuto juego de palabras, el concepto tenía su base. Al ser capturados tres soldados estadounidenses en la zona de Kosovo, muchos recordaron los crueles interrogatorios a los que eran sometidos los pilotos derribados sobre territorio norvietnamita. Incluso los serbios, al notar el nerviosismo de muchos sectores, dijeron que si se emprendía una ofensiva terrestre se desataría un nuevo Vietnam: en teoría, la configuración boscosa y montañosa de la región lograría que cada avance se hiciera a costa de muchas bajas. Esta astuta propaganda conmocionó a muchos, sobre todo a los que todavía recordaban los hechos del pasado. «Las palabras que escuchamos ahora sobre los bombardeos, los daños que vamos a causar al enemigo, son tan parecidas a las palabras que hemos escuchado en los primeros días de Vietnam», dijo en un momento el coronel Wayne Waddel (antiguo prisionero en Vietnam) a la CNN⁶⁶.

La excusa del nuevo Vietnam fue aprovechada por ambos bandos como argumento para su propaganda. Los sectores más renuentes de EEUU la usaban para continuar una guerra aérea que, si se convertía en total, podría lograr tal grado de disenso que sería difícil de revertir al ver llegar las bolsas con los muertos. El gobierno de Belgrado la usó sabiendo que una ofensiva terrestre lo llevaría a una verdadera destrucción de su ejército, una derrota militar demasiado llamativa, la pérdida de territorio y de mucha más infraestructura de la que perdería con los ataques de misiles.

Y precisamente los misiles, junto con el tema de la ofensiva terrestre, lo que marcó la «guerra» de Kosovo. La increíble cantidad de «errores» y de «daño colateral» que sufrieron los civiles de Serbia, fueran serbios o albanokosovares, quedará marcada a fuego en la historia de las atrocidades de las guerras del siglo XX. Una y otra vez, los «misiles inteligentes» de la OTAN, lanzados supuestamente sobre objetivos militares, destruyeron miles de vidas inocentes. Fueron alcanzados varios convoyes de refugiados que huían a Albania, hubo puentes que fueron volados con tráfico circulando por encima de ellos, entre algunos casos. Se destruyeron refinerías de petróleo y otros objetivos que afectaban tanto a civiles como a militares (y que eran militarmente aceptables), pero a pocos pareció importarle que las ciudades serbias fueran campos de pruebas gigantescos para las nuevas bombas de grafito que dejaban sin luz a miles de personas por días enteros.

La OTAN tardaba varios días en reconocer sus «errores», y siempre remarcaba el hecho de que eran inevitables. ¿Pero no eran las armas inteligentes infalibles? ¿Acaso no permitían una *guerra limpia*? Como apuntó un comentarista televisivo en EEUU a causa de unas declaraciones del

senador Don Nickles, de Oklahoma, «las masacres medianas, son, presumiblemente, aceptables» (Clarín, 27/03/99). Nickles se oponía a cualquier tipo de intervención estadounidense en los Balcanes «a menos y hasta que los serbios comiencen realmente una muy significativa masacre contra la gente en Kosovo»⁶⁷.

North apunta que «lejos de suscitar fervor patriótico, la manera totalmente desigual del conflicto y el impacto del bombardeo yanqui, ayudaron a crear una atmósfera inquietante en el público en general»⁶⁸. Algunos slogans de los pacifistas fueron: «Clinton, ¿cuántos niños mataste hoy?» o «Clinton miente, está muriendo gente inocente». No era para menos: los «errores» destruyeron escuelas e incluso una cárcel con presos políticos de Milosevich, cayendo las bombas sobre refugiados, ambulancias y aldeas, matando de maneras más horribles de las que se les imputaba a los serbios. La figura presidencial, ya muy deteriorada por el escándalo sexual que lo arriesgaba a una vergonzosa retirada en su propio territorio, no podía soportar ese bombardeo. Y nuevamente la prensa le sacó las papas del fuego. North lo explica perfectamente: «confirmación de esta evaluación son las medidas tomadas por el gobierno de Clinton, con la complicidad de la prensa, para suprimir cuanto más posible las noticias sobre muerte y destrucción causadas por el bombardeo americano. Se tomó la decisión de bombardear la principal estación de televisión de Belgrado luego de que ésta revelara las primeras consecuencias del bombardeo de OTAN con graves pérdidas de vida de civiles. Durante las semanas siguientes a ese sangriento acontecimiento, desaparecieron casi por completo los informes en persona de corresponsales americanos sobre el impacto de la intensificación del bombardeo de Yugoslavia. Los reportajes televisados de Brent Sadler, quizá el último corresponsal de CNN con un ápice de integridad personal, fueron eliminados. Era obvio que el gobierno no deseaba que el público estuviera bien informado sobre el uso de bombas de fragmentación⁶⁹ y de otras verdaderas «armas de destrucción masiva» contra el pueblo de Serbia»⁷⁰.

Dos hechos puntuales se convirtieron en íconos de esta guerra, mostrando uno la inutilidad, criminalidad e incompetencia de los bombardeos, el otro el espejismo del poderío estadounidense. Fueron la destrucción de la embajada china en Belgrado y el derribo de un avión *invisible al radar* F-117A.

El primero, ocurrido el viernes 7 de mayo de 1999, se debió a un error como tantos otros. Al confeccionar los mapas de Belgrado, la CIA no actualizó una información y determinó que el edificio era un blanco militar, tal vez un centro de control o de comunicaciones. Pero en 1994 el edificio se había convertido en la embajada de China. Inevitablemente el objetivo fue bombardeado y destruido, lo que acarreó la muerte de varios diplomáticos y miembros de las instalaciones. Un hecho escandaloso y lamentable, que puso al mundo en peligro. Ya de por sí la guerra era una cuerda floja que amenazaba con derramarse por todas partes: si Yugoslavia y Albania entraban en combate, cada una tenía de su lado a no menos de tres naciones amigas en la zona, algunas incluso (como Grecia y Turquía) formaban parte de la OTAN y podrían llegar a desbaratar la Alianza. Para colmo, este error llevó al mundo, por unos días al menos, al borde de una Tercera Guerra Mundial, que un gobierno chino justamente indignado pudo haber comenzado. Finalmente la OTAN reconoció el error.

El otro hecho, ocurrido a las 20:45 del 27 de marzo de 1999 (la tercera noche del conflicto), fue especialmente llamativo. Los aviones *invisibles al radar* F-117A había demostrado serlo en Panamá e Iraq, volando sin tener problemas sobre áreas fuertemente defendidas sin ser detectados. Sin embargo esa noche el número 806 de su escuadrón, al volver de una misión de bombardeo, fue derribado. Los serbios, haciendo uso de un poco de suerte, mucho ingenio y un misil antiaéreo soviético bastante anticuado, lo dañaron severamente aunque no capturaron al piloto que escapó

vivo. El hecho, comparable al derribo del U-2 de Gary Powers el 1 de mayo de 1960, fue ampliamente difundido en una filmación tomada por los serbios, que mostraba a varios soldados moviéndose entre los restos del aparato. El escándalo en EE.UU. fue acallado cuando se dejó en tierra al resto de los aviones del mismo tipo, y la noticia olvidada. No se podía hacer frente a otra pérdida. Fue un ejemplo de como la tecnología fallaba contra los aliados, en vez de contra los civiles: confiaron en un espejismo por demasiado tiempo, y luego tuvieron que borrar su error.

El asunto radica en que esta guerra, más que otras, se peleó con propaganda, desde ambos frentes. Pareciera que la tendencia es cambiar tanques por antenas y satélites. Aquí Milosevich no lanzó Scuds ni otros simulacros, solamente defendió su país de una agresión externa con poca o nula base legal. Y no la defendió con baterías antiaéreas, sino también con sus medios de comunicación, que pretendía divulgar algo de la verdad que se escondía del otro lado del Atlántico. No es de extrañar por tanto que los aliados silenciaron tan concienzudamente a sus cañones-antenas como si fueran artillería pesada que pudiera bombardearlos por la retaguardia en Estados Unidos. A Hussein no le destruyeron sus antenas, como bien lo anota Baudrillard: al principio eran la única manera de conocer los daños realizados por los ataques.

Mientras tanto los albanokosovares confiaban exclusivamente en sus antenas parabólicas que le permitían escuchar las noticias de otros países y no las que venían de Belgrado, y los aliados escuchaban lo que querían oír desde los informes del ELK.

Luego de 79 días de guerra aérea se logró un acuerdo para la retirada de tropas serbias de Kosovo, que fueron reemplazadas por efectivos de la OTAN y Rusia. Durante esos días se vivió un verdadero escándalo, mucho peor que el de la guerra del Golfo.

Ante todo se mostró la incapacidad política de todos los integrantes de la OTAN para imponer soluciones o alternativas más rápidas y menos sangrientas. Rusia se mostró como buena mediadora gracias a su cercanía con los serbios, y es difícil pensar que todo hubiera terminado bien de no haber sido por su intervención, a pesar de todos los errores cometidos de igual manera.

Nuevamente las estadísticas sobre objetivos alcanzados fue exageradamente optimista. Ya el 12 de mayo algunas autoridades militares europeas tuvieron que cuestionar los informes aliados sobre que se habían destruido el 20% de la artillería y los tanques (los blancos más atacados), sustituyéndolo por un 6%. Los señuelos eran especialmente funcionales en Kosovo. En palabras de Timothy Garton Ash, historiador y politólogo de la Universidad de Oxford en un artículo de Clarín del 12 de julio de 2000, «las armas de alta tecnología y costo multimillonario tuvieron un rendimiento brillante en la eliminación de maquetas plásticas que simulaban puentes y estufas de leña con chimeneas que pasaban por cañones de tanques. Pero, según una investigación estadounidense que se ocultó al público mas dada a conocer por Newsweek, sólo se verificó la destrucción de catorce tanques serbios» ⁷¹.

La guerra de Kosovo fue una excelente tapadera para algunos de los problemas de Clinton y le permitió mostrar otro lado en la televisión y los diarios, mientras era acusado de mentiroso en otras páginas.

Sería largo enumerar todas las atrocidades que se cometieron en esa guerra, tanto en el aspecto puramente militar como en el político y peor, el moral. Para sintetizar es preferible citar un párrafo del excelente trabajo de David North. «No podemos aún dar cuenta de toda la devastación que los misiles y las bombas yanquis causaron en Serbia y Kosovo. Hubo al menos diez mil bajas militares. De esas, murieron cinco mil. La misma suerte le tocó a 1.500 civiles. Con la ayuda de sus cómplices europeos, Estados Unidos condujo 35.000 bombardeos que arrasaron una gran parte de la infraestructura social e industrial yugoslava. La OTAN estima haber dañado o destrozado el 57 por ciento de las reservas petroleras de ese país» ⁷². La economía quedó arrasada de tal manera que

se dice que sin ayuda externa se tardarían 45 años en volver a Yugoslavia a la economía pobre pero estable de 1989. EEUU pagó por la destrucción, pero exigió que Europa pagara los créditos de la reconstrucción.

Como dice North, «el ataque contra Yugoslavia debe ser definido más apropiadamente como masacre que como guerra. Una guerra implica que para los dos bandos existe al menos algún módico de riesgo significativo. Nunca en la historia humana ha habido un conflicto militar más unilateral que entre estos contrincantes (...). Para los Estados Unidos no existió ningún riesgo militar» ⁷³.

Ese riesgo militar fue fabricado nuevamente por la prensa, aunque no con tanto éxito. Estados Unidos se fue de Serbia con las manos manchadas de sangre, de una manera que nadie olvidará. North lo explica de esta manera: «la capitulación serbia es sólo una victoria pírrica. A corto plazo, Estados Unidos obtuvo sus metas en los Balcanes. El costo político a largo plazo, empero, será tremendo. De nada le servirá la rimbombante campaña propagandística, que pinta a la destrucción de Yugoslavia con el color de rosa de la filantropía. El daño que ha sufrido su imagen internacional es irreparable. (...) En todo el mundo los EE.UU. es visto como un aprovechado y peligroso valentón sin escrúpulos, que no vacila ante nada para asegurar sus intereses. (...) Los representantes imperialistas más astutos temen que el precio político a pagar por la caída de la imagen internacional norteamericana va a ser muy alto. El ex secretario del Estado, Lawrence Eagleburger, opinó durante una mesa redonda de discusión en el programa *Nightline* de la cadena de televisión ABC, después que Milosevic aceptara las imposiciones de la OTAN: «Proyectamos sobre el mundo la imagen del patrón de la vereda que con sólo empujar un botón mata a gente. No nos cuesta nada más que el precio del misil... esa imagen nos perseguirá cuando tratemos de negociar con el resto del mundo en el futuro» ⁷⁴.

Kosovo fue, de alguna manera, Vietnam. Luego de una doble victoria en Iraq (la militar y la construida a medida para la masa, con desfiles y banderas), nuevamente se enfrenta Estados Unidos a una derrota moral. Los medios no pudieron maquillar la guerra esta vez, fracasaron como en la década de los 60. Peor todavía, pues en los 60 cumplieron con su verdadero objetivo, informar independientemente, por lo menos al final. Aquí intentaron las estrategias de la guerra del Golfo, pero éstas no funcionaron, en parte debido a que los errores a tapar eran mucho más grandes.

La gente no se creyó la mentira más grande, y la más vieja de este siglo: que la guerra era el último sacrificio, que era para acabar con el dolor. Pero desde la Primera Guerra Mundial todos los conflictos se publicitaron como «la guerra para terminar con las guerras», y la gente ya no se traga el anzuelo. Las guerras son a veces inevitables, pero no sirven si en vez de parar el dolor provocan más. El fin no justifica los medios: evitar la violación de los derechos humanos no sirve si para ello se violan otros derechos no menos humanos. La propaganda no cumplió aquí su función de droga y su función de maquillista, no pudo justificar lo sucedido. North considera que «a pesar de todos los esfuerzos de la prensa para manufacturar el apoyo a la guerra, la clase trabajadora norteamericana, la gran mayoría de la población, se mantuvo impasible. Es verdad que no hubo manifestaciones importantes contra la guerra. Pero tampoco hubo muestras sustanciales de apoyo popular hacia el bombardeo contra Yugoslavia» ⁷⁵ (lo cual hubiera sido lo deseado teniendo en cuenta la demonización de Milosevich). A pesar de estar en todos los diarios y en la televisión constantemente, y sin importar el «entusiasmo desembarazado pro-guerra de los personajes de la prensa», la clase trabajadora estaba confundida o no quería hablar del tema. «La guerra no ha sido un tema popular de conversación. Cuando se les preguntaba cómo se sentían sobre la guerra, por lo general los trabajadores respondían que no entendían de qué se trataba. Por supuesto, no les agradaba lo que oían sobre la «limpieza étnica». Al mismo tiempo, sospechaban que las causas de

la guerra en Kosovo y en el resto de la vieja Yugoslavia eran más complicadas que lo que les decía la prensa»⁷⁶.

Se cierra así el círculo del denominado «siglo de las guerras». Se cierra con nuevas tecnologías de todo tipo en el campo de la destrucción, pero también con varios grandes interrogantes que se analizarán a continuación.

Algunas cuestiones finales

La guerra pareciera haber muerto. Como dice Baudrillard: «Tras la guerra caliente (violencia del conflicto), tras la guerra fría (el equilibrio del terror), ha llegado la hora de la guerra muerta — descongela la guerra fría— que deja que nos las componamos con el cadáver de la guerra, y con la necesidad de gestionar ese cadáver en descomposición, que nadie en los confines del Golfo consigue resucitar»⁷⁷. Y es que desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, las guerras ya ni siquiera se basan en el pretexto de defender la patria, o de conquistar un territorio importante: en Corea y Vietnam la guerra fue para defender el capitalismo, en el Golfo para defender el petróleo, en Kosovo, para *defender los derechos humanos*. La lógica ahora es la disuasión: son acciones policiales a gran escala, contra «gobiernos criminales» que violan los derechos humanos de diversas maneras (el comunismo, supuestamente, era una de ellas).

Pero lo grotesco no es esa descomposición de la guerra; lo grotesco es que estemos obligados a ver continuamente la descomposición del cadáver. Ahora podemos elegir entre ver una película de la Segunda Guerra Mundial o de Vietnam, o ver una comedia. Pero los ciudadanos de EEUU no pudieron elegir en 1991 entre la guerra del Golfo y una comedia al encender el televisor: estaba en las noticias de todos los canales. Y ni siquiera son diferentes ángulos de la misma toma: todos los informativos repetían tarde o temprano las mismas imágenes que ayer habían visto en otro. A base de repetir lo mismo tantas veces se pierde el mensaje.

Por todo esto la pregunta de Baudrillard resulta tan importante: ¿tuvo lugar la guerra del golfo? Evidentemente existió, pero ¿ocupó algún espacio, más allá de las arenas de Medio Oriente? Parece que no, o por lo menos no en el sentido común del término; y es que «el espacio de la guerra se ha vuelto definitivamente no euclidiano»⁷⁸. Ahora lo virtual toma una importancia cada vez mayor. Y lo virtual, lamentablemente, se puede inventar: no hay pruebas de que lo que se dice en la televisión, en Internet o en los diarios sea realmente verdad.

Claro que todo esto puede parecer algo paranoico. Las maravillas de la técnica nos enseñan que no hay que creer todo lo que se ve. ¡Pero en Estados Unidos hay gente que todavía piensa que el alunizaje fue filmado en un estudio y que el hombre no llegó a la Luna! La extrema credulidad y la extrema paranoia no son buenas posturas. Pero si los medios pueden mentir, pueden manipular, pueden encender y apagar pasiones... ¿Pueden inventar una guerra? La película *Wag the Dog*⁷⁹ (aquí conocida como «Mentiras que matan») parece decir que sí.

Con gran ironía y cinismo la trama se desarrolla en una actualidad ficticia. El presidente intenta abusar de una joven y dentro del gobierno todo el mundo intenta que no se realice la denuncia correspondiente. Pero no pueden presionar a la víctima directamente porque el desastre sería mayor, y por lo tanto deben pensar en otra cosa. Un astuto consejero presidencial concibe entonces una audaz idea para quitar de la primera plana de los diarios al escándalo sexual que puede derribar al gobierno... inventar una guerra contra Albania. El cinismo es totalmente premeditado: en épocas

en donde los conflictos en los Balcanes todavía no estaban olvidados, la elección de un enemigo casi desvalido; el paralelismo del comportamiento sexual del presidente ficticio con el de ese momento; la decisión de comenzar una guerra para «tapar» la primera plana de los diarios con algo más importante ⁸⁰.

En la película la estratagema también funciona: el escándalo sexual del presidente retrocede a las páginas interiores de los diarios y deja de ser un gran titular para convertirse en un pequeño recuadro. Mientras tanto la atención de toda la opinión pública se centra en un conflicto enteramente fabricado en estudios de televisión, con héroes inventados incluidos. Y aunque algunas de las cosas se van de control al final, la gente no parece darse por aludida. Solamente les importa que se ganó una «guerra justa» contra un enemigo que casi es el demonio personificado ⁸¹.

Y exactamente ese es el punto de la nueva «guerra muerta»: la justificación. Los gobiernos actuales de cualquier país tienen que justificar las guerras, o de otra manera se ven arrastrados al propio descreimiento de la población. Pocos desean una guerra en la actualidad, por lo menos no el ciudadano medio. Y por eso los medios de comunicación masivos, que apuntan siempre al ciudadano promedio (como si fueran alguna clase de arma, como en el modelo facista) surgen como grandes justificadores de la guerra.

Pero no se trata de la justificación por la superioridad de la raza, como en el facismo y el nazismo, ni se trata de la justificación de la propiedad de cierto territorio (como podría ser el caso de las Malvinas o incluso de Kuwait ⁸²: se trata de justificar la acción policial de las superpotencias, de mostrar un gran garrote virtual que a todos les parece impresionante. «La guerra electrónica ya no tiene exactamente un objetivo político, sirve de electrochoque preventivo para cualquier conflicto futuro» ⁸³, dice Baudrillard. La defensa del capitalismo en la otra mitad del mundo tuvo demasiados detractores en Estados Unidos durante Vietnam, pero la defensa de los derechos humanos se justificó en Kuwait y los Balcanes, gracias a los medios masivos.

La defensa de los derechos humanos, ciertamente, justifica todo, menos la violación de esos mismos derechos. Y eso es lo que se ignora. Porque los medios y la memoria de la gente abandonan el *teatro de operaciones* (expresión ya de por sí llamativa) apenas se firma la paz y se retiran las fuerzas. Como las grandes masas que huyen de la sala de los cines dejando tras de sí los despojos de su propio consumismo, los espectadores y cámaras olvidan los que queda de la guerra. Olvidan los embargos contra Iraq, que no afectan a Saddam Hussein pero sí a miles de niños, ancianos y enfermos, que no tienen medicinas ni alimentos adecuados. Olvidan la atrocidad de la radioactividad que dejan los proyectiles con núcleo de uranio (que curiosamente no están prohibidos) usados por los aviones de ataque A-10 estadounidenses, que contaminan áreas muy grandes con bajos pero constantes niveles de radiación. Olvidan los sufrimientos de la población civil durante los bombardeos, las bombas que erran el blanco, los días de angustia sin luz ni agua ni calefacción que pasaron tantas personas en Yugoslavia e Iraq. Olvidan el uso de bombas en fragmentación, prohibidas para ataques a las ciudades, porque al caer se convierten en minas que cualquiera puede detonar. Olvidan, en definitiva, los crímenes de sus propios estados.

El olvido es sin duda un gran arma. El gobierno estadounidense lo ha usado constantemente durante cada conflicto de importancia en el que estuvo involucrado. Seguramente otros países que no son el objetivo de este análisis también lo hayan hecho, cada uno a su manera. La única diferencia es que siendo EEUU la mayor potencia política y militar del mundo, lo que les sucede a ellos termina repercutiendo en todo el mundo.

Los medios de comunicación, gracias a su capacidad de imponer la agenda de temas, puede directa e indirectamente ejercer poder tanto sobre el conocimiento (como la mencionada construcción apresurada de la imagen del enemigo) como sobre el olvido. Como los bombardeos,

los titulares se van haciendo cada vez más grandes durante las escaladas militares y diplomáticas, pero una vez que alcanzan la cima, el proceso inverso es mucho más rápido. En pocos días ya pocos medios mencionan lo que todavía acontece con respecto al conflicto y sus consecuencias.

David North explica que «no hay diferencia filantrópica entre la guerra balcánica de 1999 y guerras anteriores. Es sintomática de un virulento resurgimiento de sus más malignas características: la legitimación del uso de la prepotencia militar contra los países débiles, en función de los intereses estratégicos de «las grandes potencias»; la violación cínica de los principios de soberanía nacional; la reintroducción *de facto* del yugo colonial; y la resurrección de antagonismos inter-imperialistas, que llevan consigo las semillas de una nueva guerra mundial. La burguesía internacional no ha podido quitarse de encima los demonios de principio de siglo. Agazapados, todavía acechan a la humanidad, en la antesala del siglo XXI»⁸⁴.

Ese imperialismo resurgido necesita de los medios de comunicación, aunque no lo diga ni lo reconozca cuando se lo reprochen. Y no lo hace porque hacerlo sería reconocer en definitiva que es un imperialismo pseudo-facista que todavía depende de la construcción de una propaganda oficial para justificar sus acciones más controvertidas. Porque los gobiernos en definitiva no pueden parar a una opinión pública netamente adversa con violencia u otros métodos: necesitan un control lento y constante, un lavado cerebral permanente. Y eso lo logra solamente la televisión, con su capacidad de llegar a todos fácilmente, de evitar controversias mostrando las pruebas tangibles de las imágenes, de derribar o erigir en minutos una personalidad, de hipnotizar al desprevenido como si fuera una cobra, para luego saltar sobre él e inocularle el veneno del consenso oficial.

La población necesita a la televisión: como entretenimiento, como fuente de información. El Estado necesita a la población para que esté de su lado, por lo tanto utiliza a la televisión para aparecer como justo su accionar. Pero la peor necesidad es la señalada por Baudrillard, la del público que necesita urgentemente simulacros, «incluso de la guerra». Una necesidad «mucho más apremiante que de leche o de mermelada o de libertad, y poseemos la intuición inmediata de los medios para conseguirlo. Constituye incluso la conquista fundamental de nuestra democracia: la función-imagen, la función-chantaje, la función-información, la función-especulación. Función afrodisíaca, obscena, la del timo del acontecimiento, la del timo de la guerra. Función-droga»⁸⁵.

«El drama real, la guerra real, ni nos apetecen ya, ni falta que nos hacen»⁸⁶. ¿A donde han ido a parar todas esas películas de la Segunda Guerra Mundial? Todavía se producen y se filman, pero no hay casi películas de la guerra del Golfo, y seguramente no habrá más que un par de la guerra de Kosovo. ¿Para qué hacerlas, si todo el mundo las ha visto por televisión? Ya no son necesarias las películas en el cine, «lo que necesitamos es el sabor afrodisíaco de las multiplicaciones de las falsificaciones, de la alucinación de la violencia, es obtener de todas las cosas el goce alucinógeno, que es también el goce, como en el caso de la droga, de nuestra indiferencia y de nuestra irresponsabilidad, por lo tanto de nuestra auténtica libertad. En esto radica la forma superior de la democracia»⁸⁷.

Sin embargo, la propaganda oficial tiene fallas, y hay errores en su construcción apresurada. La única ventaja de la televisión es que pueden ser borradas más fácilmente por la emisión siguiente, lo que no sucede con un diario, por ejemplo. Como dice Baudrillard sobre la guerra del Golfo: «hay que decir que esta guerra constituye un test despiadado. Felizmente, nadie va a exigirle cuentas a tal o cual (experto o general, o intelectual de turno) por las tonterías o las sandeces que haya proferido el día antes, puesto que quedarán borradas por las del día siguiente. De este modo, todo el mundo queda amnistiado gracias a la sucesión ultrarrápida de acontecimientos falsos y de discursos falsos. Un lavado de la estupidez mediante la escalada de la estupidez, que restaura una inocencia

total, la de los cerebros lavados, limpiados, atontados no por la violencia sino por la siniestra insignificancia de las imágenes»⁸⁸.

Afortunadamente, los errores a veces no pueden borrarse eficazmente y muchos pueden darse cuenta de ellos. Así, puede suceder lo de Vietnam, en donde los medios al final de la guerra volvieron a su función natural de mediadores y se volvieron independientes, al menos en las cosas importantes, haciendo eco de la opinión pública que estaba contra la guerra y no desestimándola. Sin embargo, tampoco hay que desestimar el poder de estos medios que, al ligarse al Estado para justificar una guerra, pueden volverse más peligrosos que muchos misiles, porque atacan a la misma población civil.

North se pregunta: «hace un año las portadas de *Time* y *Newsweek* le ponían a Saddam Hussein el cascabel de criminal. Este año le toca a Slobodan Milosevic. ¿Quién será en el próximo año? ¿A quién apodará CNN con el título de hampón internacional, el primer «Hitler» del siglo XXI?»⁸⁹. Podríamos agregar una nueva pregunta: ¿será un Hitler real o todavía pueden los medios crear uno cuando sea necesario?

Como North lo recuerda, este siglo comenzó con guerras y terminó con guerras. Las del principio y las del final considera que fueron muestras del imperialismo que se fue desarrollando. Evolucionaron también los medios y la técnica bélica y no hay punto de comparación en ambos. Pero ¿cómo serán las guerras del futuro, con un mapa geopolítico tan complicado y diferente? ¿Qué pasará cuando los intereses europeos choquen irreconciliablemente con los de EEUU? ¿Qué pasará si se desata la guerra de este país contra China, que podría convertirse en mundial si no se la maneja con cuidado? Nuevamente los medios se levantarán para justificar lo injusto y borrar lo imborrable. Que lo logren o no puede definir mucho.

Por eso es tan importante repasar los acontecimientos pasados, y pensar en el futuro. Mientras la guerra siga siendo mediática y siga descomponiéndose, siga siendo una guerra anoréxica y con objetivos poco claros, los medios y todos los demás seguirán siendo rehenes. Las escaladas de violencia son especialmente malas mezcladas con la diplomacia, como lo demostraron Vietnam, Iraq y Yugoslavia. Solamente dan derrotas o empates amargos. Pero los medios, esos grandes salvadores de muchos políticos, pueden hacerlos parecer como grandes victorias, como en el segundo caso. A los políticos entonces ya no les interesa tanto ganar, sino parecer que lo hicieron. Ése es el gran problema.

¿Cuál será la solución? Hay varias complementarias, pero no están al alcance del ciudadano promedio. La guerra podría volver a ser lo que era, y de esa manera los gobiernos no tendrían que hacer un uso tan abusivo de los medios para justificarla. De esta manera los militares y los políticos tendrían otra vez los mismos objetivos: ganar la guerra militarmente y no preocuparse por maquillar las derrotas.

Otra solución podría ser una concientización más profunda de la sociedad sobre los riesgos de no tener una mirada crítica de lo que aparece en los medios, una desmitificación de esa creencia de la objetividad y la independencia. Pero sin duda es algo difícil y que tomará tiempo si alguna vez se encara.

Pero sin duda alguna las semillas de otras soluciones mucho más accesibles están creciendo rápidamente. Una de las que ha crecido más rápido ha sido Internet, que como bien señala North es una conquista extraordinaria que permite mucho más de lo que exige. «El monopolio de los medios capitalistas de comunicación sobre la disseminación de información ha sido seriamente debilitado. Ahora es posible alcanzar a un público enorme»⁹⁰. Solamente hace falta algo de ingenio, una computadora y pocas cosas más para que todo el mundo pueda tener un acceso potencial a la

información *no oficial* que el gobierno pretenda censurar o distorsionar. De uno y otro lado de la frontera los interesados pueden mostrar las atrocidades que otros intentan esconder.

Es algo irónico que un medio de comunicación surgido de una idea para un sistema de comunicación militar de la Guerra Fría sea ahora la que puede llegar a salvar al mundo de los espejismos armados del siglo XXI. Porque, justo como lo quisieron sus abuelos militares, Internet es indestructible: la red está tan interconectada que el asedio es imposible. Aunque se bombardeen centrales de radio y televisión o incluso los diarios de un país, sus ciudadanos y su gobierno podrán seguir transmitiendo lo que crean importante, y nadie podrá detenerlos y censurarlos. Es un medio realmente democrático, o por lo menos mucho más democrático que otros, en donde todos pueden ser escuchados.

Lo mejor de todo esto es que ni siquiera hay que esperar un desarrollo más grande: los primeros cambios ya se están viendo. «La guerra yugoslava reveló las enormes posibilidades y el enorme significado de esa red mundial. Aún después del bombardeo de la televisión yugoslava, un público internacional pudo seguir enterado del impacto de los ataques de la OTAN mediante el Internet. Mucha de la información clave, como la cláusula secreta del acuerdo de Rambouillet, fue esparcida por todo el mundo a través de esta notable tecnología»⁹¹.

No hay duda que las próximas guerras se verán por Internet, gracias a los avances cada vez más rápidos en el campo de las transmisiones. Incluso durante los choques armados entre fuerzas israelíes y palestinas en la reciente crisis de independencia de Palestina, las primeras imágenes se vieron en Internet. Hasta los mismos periodistas de la televisión coinciden en esta tendencia. Es curioso sin embargo que esto se produzca justo cuando la burbuja de las empresas .com comience a desinflarse. Numerosos medios muy importantes de EEUU, como CNN o New York Times han comenzado a recortar sus recursos en sus áreas de Internet, ofreciendo menos servicios y achicando sus gastos. Con este panorama no es demasiado descabellado pensar en nuevos cazadores de noticias independientes que, armados de una cámara digital y un sitio en Internet, puedan ir sin más por todo el mundo comunicando las atroces verdades de las «guerras inteligentes» que otros intentan borrar. Porque, parafraseando a Baudrillard, si pensar en eso es absurdo, más absurdo sería ni siquiera pensar en la alternativa.

- 1 Roland Cayrol, *Responsabilidad de los medios*, Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación volumen 3, Editorial de la Universidad Nacional de Rosario, página 163.
- 2 Harold Lasswell, *Estructura y función de la comunicación en la sociedad*, Equivalencias más detalladas, página 56.
- 3 Uno de los afiches de propaganda más conocidos de la época muestra a una bandera estadounidense medio deshecha flameando contra el cielo lleno de humo; la frase de un discurso de Roosevelt lo dice todo: «...decidimos firmemente que estos muertos no han fallecido en vano». Debajo en letras rojas, se lee «Recuerden el 7 de diciembre» (fecha del ataque a Pearl Harbor).
- 4 David Easton, *Esquemas para el análisis político*, capítulo 8, subtítulo Tipos de respuestas reguladoras frente a la tensión derivada del apoyo.
- 5 Guillermo O'Donnell, *Apuntes para una teoría del Estado*.
- 6 Theodor Adorno y Max Horkheimer, *Dialéctica del Iluminismo*, La industria cultural, página 161.
- 7 Ibidem, página 147.
- 8 María de los Ángeles Yanuzzi, *Los presupuestos políticos de la crítica adorniana*, en Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación volumen 4, Editorial de la Universidad Nacional de Rosario, página 102.
- 9 Citado en Ibidem, página 100.
- 10 Maxwell McCombs y Donald Shaw, *El poder de los medios en la política*, Capítulo 5, «¿Qué agenda cumple la prensa?», subtítulo Efectos cognoscitivos de la comunicación masiva.
- 11 Max Hastings, en el prólogo de la Enciclopedia visual de las grandes batallas de la guerra de Vietnam, tomo I, Editorial Rombo, Barcelona, 1995
- 12 Mauro Wolf, *La investigación de la comunicación de masas, críticas y perspectivas*, capítulo 3.4, página 246.
- 13 Ibidem.
- 14 Ibidem, página 247.
- 15 Ibidem.
- 16 Ibidem.
- 17 Max Hastings, en el prólogo de la Enciclopedia visual de las grandes batallas de la guerra de Vietnam, tomo I, Editorial Rombo, Barcelona, 1995
- 18 Ibidem.
- 19 Jean Baudrillard, *La guerra del Golfo no ha tenido lugar*, Editorial Anagrama, Barcelona, página 17.
- 20 Ibidem, página 24.
- 21 Ibidem, páginas 19 y 20.
- 22 Ibidem, páginas 22 y 23.
- 23 Ibidem, página 31.
- 24 Ibidem, página 30.
- 25 Ibidem, página 48.
- 26 Ibidem, página 48 y 49.
- 27 Ibidem, página 49.
- 28 Ibidem, página 40.
- 29 Ibidem, página 40.
- 30 Ibidem, página 37.
- 31 Ibidem, página 37.
- 32 Ibidem, página 42.
- 33 Herbert Marcuse, *El hombre unidimensional*, Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada, Editorial Orbis, 1984, página 24.
- 34 Jean Baudrillard, *La guerra del Golfo no ha tenido lugar*, Editorial Anagrama, Barcelona, página 40.
- 35 Ibidem, páginas 95 y 96.
- 36 Las fuentes estadounidenses dijeron que había pruebas que indicaban que el sitio era usado para fabricar armas químicas y biológicas, pero como se vio por televisión, no eran pruebas muy sólidas.
- 37 Jean Baudrillard, *La guerra del Golfo no ha tenido lugar*, Editorial Anagrama, Barcelona, página 43.
- 38 Ibidem, páginas 69 y 70.
- 39 Ibidem, página 39.
- 40 Ibidem, página 43.
- 41 Ibidem, páginas 62 y 63.
- 42 Ibidem, página 67.
- 43 Ibidem, páginas 53 y 54.
- 44 La misión del general Schwarzkopf consistía en realidad en destruir totalmente a la Guardia Republicana, la parte mejor entrenada y equipada del ejército iraquí, pero falló y solamente destruyó la mitad. Hay quienes dicen que en realidad todo fue para evitar una rebelión del propio ejército regular iraquí, formado en su mayoría por chiitas, que estaban decepcionados por la derrota. Así EE.UU. habría permitido que en Iraq continuara todo como estaba para asegurarse algo de control extra en la región.
- 45 Jean Baudrillard, *La guerra del Golfo no ha tenido lugar*, Editorial Anagrama, Barcelona, página 35.
- 46 Ibidem, páginas 35 y 36.
- 47 Ibidem, página 68.

- 48 Ibidem, página 95.
- 49 Ibidem, página 95.
- 50 Ibidem, página 85.
- 51 Ibidem, página 84.
- 52 Ibidem, páginas 75 y 76.
- 53 El artículo en cuestión, llamado *After the Slaughter: Political Lessons of the Balkan War* (Después de la matanza: lecciones políticas de la guerra de los Balcanes) es un muy buen texto para analizar ese conflicto enmarcado en otros acontecimientos similares del siglo pasado.
- 54 David North, *Después de la matanza...*, subtítulo «La prensa y la guerra contra Yugoslavia», primer párrafo.
- 55 Ibidem.
- 56 Ibidem, tercer párrafo.
- 57 En *Kosovo: la guerra derramada*, por Oscar Raúl Cardoso.
- 58 David North, *Después de la matanza...*, subtítulo «La prensa y la guerra contra Yugoslavia», tercer párrafo.
- 59 Ibidem, cuarto párrafo.
- 60 Ibidem, primer párrafo.
- 61 Ibidem, segundo párrafo.
- 62 En *Es la fuerza contra el sufrimiento de muchos inocentes*, por Henry Kissinger.
- 63 En *Controversia sobre los informes de Kosovo*.
- 64 David North, *Después de la matanza...*, subtítulo «La prensa y la guerra contra Yugoslavia», segundo párrafo.
- 65 David North, *Después de la matanza...*, subtítulo «El imperialismo en la región balcánica», primer párrafo.
- 66 En «*Hey, hey, Tío Sam, Kosovo es Vietnam*», *protestan en EE.UU.*, por Marina Aizen.
- 67 En *Kosovo: la guerra derramada*, por Oscar Raúl Cardoso.
- 68 David North, *Después de la matanza...*, subtítulo «La guerra balcánica y la opinión pública americana», primer párrafo.
- 69 Ibidem.
- 70 Las bombas de fragmentación no pueden ser usadas para atacar ciudades ya que al estallar diseminan cargas que, si no detonan, se convierten en minas, lo que entraña gran riesgo para los civiles.
- 71 En *Las lecciones que dejó la guerra de Kosovo*, por Timothy Garton Ash.
- 72 David North, *Después de la matanza...*, subtítulo «En vísperas del nuevo siglo», segundo párrafo.
- 73 Ibidem, subtítulo «En vísperas del nuevo siglo», quinto párrafo.
- 74 Ibidem, subtítulo «En vísperas del nuevo siglo», octavo párrafo.
- 75 Ibidem, subtítulo «La guerra balcánica y la opinión pública americana», primer párrafo.
- 76 Ibidem.
- 77 Jean Baudrillard, *La guerra del Golfo no ha tenido lugar*, Editorial Anagrama, Barcelona, página 9.
- 78 Ibidem, página 50.
- 79 Título traducible como «menear al perro». Se refiere irónicamente a una sentencia que dice que la opinión pública mueve a los medios como un perro mueve a su cola; en este sentido la película analiza con gran humor y cinismo cómo la cola del perro podría mover al perro sin que éste se diera cuenta.
- 80 Recordemos que Clinton ordenó bombardear nuevamente objetivos en Iraq, luego de la Guerra del Golfo, con misiles cruceros lanzados desde buques en el Golfo Pérsico, mientras el caso de Mónica Lewinski tomaba rivetes cada vez más escandalosos. Incluso hubo manifestaciones en Iraq y otros países que exhibían pancartas con la leyenda «No war for Mónica» (No a la guerra por Mónica).
- 81 Así como lo apunta Cayrol en su artículo, la política se personaliza. De la misma manera las guerras también se personalizan, encarnadas en los líderes políticos de cada país, ya no en los generales o en los soldados. Esto es otro síntoma más de la actual situación.
- 82 Los iraquíes consideraban que Kuwait era parte de su antigua provincia de Basora y gracias a esto justificaron su conquista en 1991.
- 83 Jean Baudrillard, *La guerra del Golfo no ha tenido lugar*, Editorial Anagrama, Barcelona, página 98 y 99.
- 84 David North, *Después de la matanza...*, subtítulo «En vísperas del nuevo siglo», decimoprimer párrafo.
- 85 Jean Baudrillard, *La guerra del Golfo no ha tenido lugar*, Editorial Anagrama, Barcelona, páginas 85 y 86.
- 86 Jean Baudrillard, *La guerra del Golfo no ha tenido lugar*, Editorial Anagrama, Barcelona, página 86.
- 87 Ibidem.
- 88 Ibidem, página 52.
- 89 David North, *Después de la matanza...*, subtítulo «En vísperas del nuevo siglo», noveno párrafo.
- 90 David North, *Después de la matanza...*, subtítulo «La función del *Sitio Socialista Mundial*», primer párrafo.
- 91 Ibidem.

Bibliografía:

- Enciclopedia visual de las grandes batallas de la guerra de Vietnam, tomos I al IV, Editorial Rombo, Barcelona, 1995.
La investigación de la comunicación de masa, crítica y perspectivas, capítulo 3, Mauro Wolf
La guerra del Golfo no tendrá lugar, Jean Baudrillard
¿Está teniendo lugar realmente la guerra del Golfo?, Jean Baudrillard
La guerra del Golfo no ha tenido lugar, Jean Baudrillard
¿Qué agenda cumple la prensa?, en El poder de los medios en la política, Maxwell E. Combs y Donald L. Shaw.
El acto de la comunicación, en Estructura y función de la comunicación en la sociedad, Harold D. Lasswell.
Los presupuestos políticos de la crítica adorniana, María de los Ángeles Yanuzzi, Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación volumen 4, Editorial de la Universidad Nacional de Rosario, año 1998/99.
La industria cultural, Theodor Adorno y Max Horkheimer, en Dialéctica del Iluminismo.
Responsabilidad de los medios, Roland Cayrol, Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación volumen 3, Editorial de la Universidad Nacional de Rosario, año 1997/98; traducción de Elda Dagnino.
Los ejércitos de tierra de la guerra del Golfo de 1991, Tim Ripley, Ediciones del Prado, 1994.
Las fuerzas aéreas de la guerra del Golfo de 1991, Roy Braybrook, Ediciones del Prado, 1994.

En Internet:

- www.clarin.com (referencias de archivo)
www.wsws.org (World Socialist Web Site): After the Slaughter: Political Lessons of the Balkan War, de David North, publicado el 14 de junio de 1999 (traducción al castellano de www.europa1939.com)